BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PODER INFINITO

glenn parrish

CIENCIA FICCION



eb

LA CONQUIS
DEL ESPAC

GLENN PARRISH

PODER INFINITO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 137



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 1.319 – 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo, 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

CAPITULO PRIMERO

La pequeña astronave, pilotada por una sola persona, orbitó velozmente en torno al asteroide que flotaba solitario en el espacio. El piloto era una bella mujer, en cuyo rostro se dibujó de pronto una imperceptible mueca de asombro al ver que una especie de torpedo tripulado se acercaba raudamente a su nave.

El tripulante del torpedo no parecía abrigar intenciones hostiles hacia ella. Simplemente, se limitó a acercarse lo suficiente para identificar por medios visuales al aparato que se acercaba al asteroide.

Ella se tranquilizó, aunque, de todas formas, poseía sobrados medios a bordo para destruir artefactos muchísimo mayores que aquel torpedo tripulado. Ahora veía que se trataba de una simple inspección de seguridad.

Orchid Halds maniobró para tomar tierra al pie de un colosal farallón de roca negra, no lejos de un conjunto de edificios de forma cupular. Alguien le dio instrucciones por radio, y Orchid, tras colocarse el traje de vacío, avanzó por la superficie del asteroide hacia una esclusa de acceso.

Una de las cosas que llamaron poderosamente su atención fue el conjunto de antenas que se divisaban en la cima del risco. Era una especie de pirámide de viguetas, rematada por una colosal bola de miles de facetas, que despedían luces extrañas al reflejar la luz de las estrellas. El Sol se hallaba a casi cuatrocientos millones de kilómetros de distancia; era poco más que un puntito dorado en la negrura del espacio. De la Tierra, a simple vista, no se advertía la menor huella.

Una vez estuvo en un lugar con la suficiente presión atmosférica, Orchid se despojó de su escafandra ayudada por un robot. Entonces quedó al descubierto un cuerpo arrogante, cubierto solamente con un traje monopieza, de un tejido muy liviano, aunque no transparente.

El pelo era muy rubio y corto, como el de un muchacho. Ella se lo

ahuecó maquinalmente, justo en el momento en que un hombre penetraba en la esclusa.

—La señora Halds, supongo —dijo él.

Orchid sonrió.

—En efecto, doctor Doukestill..., suponiendo que sea usted —contestó.

La mano del hombre se tendió hacia la recién llegada.

—Soy Yurkus Doukestill —corroboró—. Me siento encantado de conocerla, señora Halds. ¿Quiere, por favor, pasar a mi salón privado? Toni, mi robot mayordomo, nos preparará de beber.

—Encantaba.

El doctor guió a la recién llegada hasta una sala, decorada con buen gusto, una de cuyas paredes era un enorme vidrio, que proporcionaba una excelente visión del espacio. Orchid no dejó de advertir el telescopio que había en uno de los lados del ventanal.

—¿Qué le apetece para beber, señora? —consultó Doukestill—. De todas formas, beba lo que beba tendrá

que ser por el antiestético y detestable sistema de la jeringa.

Orchid rió suavemente.

—Ya me he dado cuenta de la escasa gravedad del asteroide, doctor —manifestó—. Pero, imagino que montar un generador de gravedad artificial no resultaría tan difícil.

—En absoluto. Lo que sucede es que me consumiría demasiada energía y no puedo permitirme el lujo de derrocharla en cosas que no sean absolutamente precisas. Y, por ahora, la gravedad artificial es algo que no me es necesario del todo.

El robot entregó a ambos sendas botellas de plástico, prolongada en un tubo muy largo y delgado. Orchid la asió con la mano izquierda y aspiró y presionó al mismo tiempo. El robot se retiró en silencio.

—El jerez sabe mucho mejor en copa de fino cristal, pero no es posible emplear un lujo semejante —se lamentó Doukestill—. En fin, señora, creo que no estamos aquí para hablar de tonterías. El motivo que nos ha reunido aquí es de mucha mayor importancia.

—Usted dirá, doctor —invitó Orchid, lánguidamente sentada en un gran butacón, con las piernas cruzadas y la botella en la mano.

Doukestill contempló unos instantes a la bella mujer que tenía frente a sí. Lo que más le impresionaban eran sus ojos, grises, muy claros, tanto, que parecían dos pedacitos de hielo.

—En primer lugar, le diré, señora Halds, que todo cuanto se hable aquí habrá de ser estrictamente confidencial —expresó Doukestill, al cabo de unos instantes.

—Todo cuanto hablo yo con un cliente es siempre absolutamente confidencial, doctor —dijo ella, con frío acento.

—Lo celebro, señora. También le diré los motivos por los que la he llamado, haciéndola venir sola al asteroide. Es usted la directora de Investigaciones y Servicios Generales, S. A.

—Sí, en efecto.

—Investiga todo y hace cualquier servicio que se le encomiende. Lo de Sociedad Anónima no es sino un aditamento digamos legal, pero no hay consejo de administración ni accionistas que controlen sus acciones.

—Exactamente. Hasta ahora, todo lo que ha dicho usted es absolutamente cierto, doctor, aunque temo que se le ha olvidado una cosa.

—¿Qué es, señora Halds?

Una leve sonrisa apareció en los labios de Orchid.

—Los honorarios que percibo por mis servicios, doctor —manifestó —. Son... muy altos.

Doukestill no pareció inmutarse al oír aquellas palabras.

—¿Qué le parecería la cifra de cinco millones de S. M. como pago de sus servicios? Gastos aparte, por supuesto —>dijo, sonriendo.

Orchid pareció perder la impasibilidad de que había hecho gala hasta entonces.

—*¿Spacemarks?* ¿Marcos espaciales?

—Eso he dicho, doctora —corroboró el doctor Doukestill—. Cinco millones de S. M. y gastos aparte.

—Una bonita cifra, doctor. ¿A cuántos piensa matar usted?

—Oh... No sé... Doscientos, trescientos... Todavía no lo he pensado detenidamente, señora Halds.

* * *

Tumbado en el suelo, Tully Sapper hubiera podido confundirse sin dificultad con las áridas rocas que le rodeaban. El traje de tela «camaleón» que llevaba puesto adoptaba por sí solo el color del terreno circundante. Incluso el riñe estaba cubierto por una funda de dicha tela, salvo la mirilla telescópica y el extremo del cañón, dotado de freno de boca, a fin de evitar un retroceso demasiado violento.

En determinadas ocasiones, Sapper se sentía muy anticuado. Aquélla era una de las ocasiones, estimaba, en que el rifle de 20 mm. de calibre le iba a resultar especialmente útil.

Sobre todo, si se tenía en cuenta que la carga de los proyectiles era de

ultrapólvora, el poderoso explosivo químico que había convertido a la dinamita en simple combustible para petardos de feria.

Al lado tenía el cargador automático, con cincuenta cartuchos. Un poco más lejos, y convenientemente enmascarado, tenía otro cargador, aunque Sapper estimaba que bastaría con un par de proyectiles para conseguir su objetivo.

Conectado por un cable a un poderoso altavoz, tenía un micrófono colgado del cuello. Sapper esperaba pacientemente; sabía ser tan paciente como un animal salvaje a la espera de una presa.

—Y, en realidad, ¿qué es lo que hago aquí, sino aguardar a mi presa? —se dijo, mientras los ardientes rayos de Kotmuran-II parecían plomo fundido al chocar contra el suelo.

Tres hombres, pesadamente cargados con unas mochilas, que les daban un extraño aspecto de caracoles bípedos, aparecieron de repente en su campo visual, a unos cien metros de distancia. Los tres sujetos se encaminaban hacia una astronave situada en el fondo de una grieta.

La sombra caía en la grieta, pero, a pesar de todo, la nave había sido cubierta precavidamente por una red de enmascaramiento, hecha con tela «camaleón». Sapper no estaba dispuesto a que aquel trío abandonase el planeta con su botín. '

Para llegar a la nave, tenían que pasar por un trozo de terreno absolutamente liso y sin el menor obstáculo. Sapper decidió que ya era llegada la hora de la acción.

Con el rifle a punto, lanzó su intimación a través del altoparlante:

—Masterson, Dupont, O'Hara, dejen las mochilas en el suelo y levanten las manos. Están arrestados por orden y en nombre de Su Excelencia, Fulvio Quinto Messala, Procónsul de Olympus.

La sorpresa de los tres individuos fue enorme. Su primer movimiento, completamente instintivo, fue volver el rostro hacia el lugar de donde

provenía la intimación.

Luego, uno de ellos, Dupont, echó la mano a una pistola que llevaba en una funda, pendiente de su cinturón. Sapper apretó el gatillo.

Un enorme chorro de humo y polvo surgió inmediatamente, a cincuenta pasos del trío. La explosión resultó ensordecedora.

La ultrapólvora convertía a aquel proyectil de 20 mm. en algo equivalente a un 105 del siglo XX. El poder expansivo de la granada derribó por tierra a los tres sujetos.

Dos de ellos intentaron levantarse, gateando penosamente. El tercero permanecía inmóvil.

Sapper disparó por segunda vez. La granada aulló sobre las cabezas de los sujetos y fue a estallar a cien metros más lejos.

A través del altavoz, Sapper dijo:

—La próxima vez tiraré al bulto.

Fue más que suficiente. Dos pares de brazos se alzaron resignadamente.

—¿Qué hace ése ahí? —preguntó Sapper—. ¿Por qué no se levanta?

—Está muerto —dijo Masterson—. Una esquirla de roca le ha seccionado la yugular.

A través de la mirilla telescópica, Sapper pudo comprobar que no le engañaban. Había en la garganta del caído una horrible herida, de la que todavía manaba la sangre.

—Muy bien —dijo—. Permanezcan donde están, sin bajar los brazos hasta nueva orden.

Masterson y O'Hara callaron. Sapper desconectó el cargador automático, aunque se reservó un proyectil en la recámara del rifle. Tal

como había calculado, dos cartuchos habían sido suficientes para el logro de sus propósitos.

En la mano izquierda llevaba un par de esposas magnéticas. Llegó junto a los dos hombres y los sujetó convenientemente.

—De modo que por orden del Procónsul —dijo Masterson, amargamente.

—Así es —confirmó Sapper, impasible.

—Es usted el único que ha conseguido dar con nosotros —añadió el segundo prisionero.

—Alguien tenía que hacerlo, claro.

—Por dinero —dijo Masterson, con acento despectivo.

—Pues, ¿qué te creías? —exclamó O'Hara—. Los tipos como Sapper sólo trabajan por dinero,.., por mucho dinero. ¿No es verdad, Sapper?

—Si le diera la respuesta que yo estimo correcta, ustedes no me creerían; así que, ¿para qué seguir discutiendo el tema? De todas formas, aunque no lo comparta, comprendo su punto de vista —dijo Sapper,

—Cualquiera lo diría, después de la forma tan salvaje en que nos ha atacado —se sulfuró más Masterson.

—Dupont intentó disparar contra mí. Si yo hubiese tirado al bulto, ahora ustedes dos no lo estarían contando. ¿Van a reprocharme que les haya dejado vivos?

—Vivos, sí, pero a manos del tirano Messala...

—Son puntos de vista —dijo Sapper, fríamente—. Y contrabandear en Uvinor-A no es la mejor forma de derrocar al Procónsul.

Con la mano izquierda, Sapper extrajo de una de sus botas un pesado

cuchillo de caza. El filo del acero rasgó el fondo de una mochila, de la que se desprendió al instante una cascada de piedras multicolores.

—¿Era esto con lo que pretendían financiar su movimiento de rebelión? —preguntó.

Masterson y O'Hara guardaron silencio. Sapper se encogió de hombros.

—En fin, jueces hay en Olympus que se encargarán de ustedes —añadió—. ¡En marcha!

—¿Se deja las gemas? —preguntó O'Hara, asombrado—. ¡Valen una fortuna!

Sapper le miró despreciativamente.

—¿Acaso cree que he venido aquí sólo por la recompensa? —contestó—. Ustedes están engañados conmigo, pero no voy a discutir para sacarles de su error. Piensen lo que quieran; acaso ello les haga sentirse un poco mejor...; pero lo que piensen o dejen de pensar me es absolutamente indiferente.

CAPITULO II

—¿Por qué me ha elegido a mí, doctor? —preguntó Orchid, tras un nuevo sorbo de vino.

—Oh, no ha sido cosa de un día, ni tampoco de un año. He tenido mucho tiempo de pensármelo, mientras concluía lo que podríamos llamar trabajos preliminares —contestó Doukestill—. Naturalmente, no he permanecido todo el tiempo en el asteroide; he hecho muchos viajes para digamos acarreo de materiales y en cada uno de esos viajes he hecho las suficientes indagaciones como para elegirla a usted, señora Halds.

—Me siento muy honrada por la elección, doctor —manifestó ella—. ¿Puedo conocer algunas de las razones que le indujeron a elegirme?

—La fama de su agencia. Sé que nunca falla, señora.

—Usted me halaga, doctor...

—Nunca falla —insistió Doukestill—. He averiguado también muchas cosas de usted. Por ejemplo, la edad.

—Indiscreto —rió Orchid.

—Va a cumplir los cuarenta años, aunque parece una muchacha de veinticinco, debido tanto a la medicina como a su propio arte. Es inteligente, astuta, despiadada y posee una sangre fría que no se altera en las peores circunstancias. Perdón, su sangre fría deja de serlo a veces.

—¿Cuándo, doctor?

—Cuando se encuentra con un hombre que le gusta.

Orchid soltó una risita.

—¿A qué mujer joven y bien parecida no le sucede algo así, doctor?

—contestó.

—En eso tiene usted razón. Sin embargo, no me gustaría que le ocurriese algo por el estilo que pudiese comprometernos a ambos.

—Esto es un asunto de negocios y yo siempre separo los negocios del amor, suceda lo que suceda —contestó ella, enfáticamente.

—Así lo espero —dijo Doukestill—. Y también espero que usted sepa hacer honor al sobrenombre que algunos le han puesto. *Deathly Orchid.* Orquídea Mortal.

—Exageraciones, doctor.

—Exageraciones o no, me interesa que actúe con la rapidez, eficiencia y discreción que la han acreditado tanto, señora Halds.

—Lo haré..., pero sospecho que estamos divagando un poco. ¿No cree, doctor?

Doukestill se puso en pie.

—Tenga la bondad de seguirme, señora —invitó—. Es hora ya de que conozca mis planes a fondo.

Orchid se puso en pie y caminó junto a Doukestill, al que sobrepasaba ampliamente en estatura. Doukestill era más bien bajo, regordete y casi calvo, lo que le confería una apariencia engañosa para quienes no le conocían bien.

Abandonaron la sala y entraron en un cubículo desnudo de muebles. Doukestill tocó un punto de la pared y el suelo se hundió silenciosamente.

Instantes después, aparecieron en un largo corredor subterráneo. Una de las puertas, evidentemente, correspondía a una gran cámara frigorífica. Había una mirilla de grueso cristal y a través de ella, Orchid pudo ver lo que parecían unos cuerpos humanos conservados

en sendos estantes, a bajísimas temperaturas.

Siguieron andando. Un poco más adelante, Doukestill abrió una puerta.

La temperatura, al otro, lado de la puerta, era cálida, aunque no sofocante. Orchid pudo divisar ahora un cuerpo humano tendido en una cama de operaciones y rodeado por una batería de frascos llenos de líquidos distintos. Los frascos disponían de sendos tubos de goma, cuyos extremos opuestos iban a perderse en diferentes regiones del cuerpo del paciente.

—Acérquese, señora —indicó Doukestill.

En silencio, Orchid se aproximó a la mesa. Miró al paciente y, pese a su impasibilidad, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¡Pero si es...!

—Sólo lo parece, señora —sonrió Doukestill.

—He llegado a creer que sería el auténtico y que lo tenía usted en tratamiento para curarle alguna misteriosa enfermedad —dijo Orchid.

—Nada de eso. Por favor, sólo es un montón de carne no digo informe, puesto que tiene la forma y corpulencia exacta del sujeto al cual duplica, sino simplemente sin alma.

Orchid se volvió para mirar al científico.

—Sin alma... significa sin inteligencia, sin cerebro...

—Exactamente —corroboró Doukestill—. Pero venga aquí, por favor.

El paciente tenía la cabeza cubierta por un casquete. Doukestill se situó en la cabecera de la mesa y quitó el casquete.

Orchid dio un paso atrás.

—¡Está vacío! —dijo, horrorizada.

—Sí, pero yo lo llenaré —aseguró el científico.

—¿Con... otro cerebro?

—Humano, no, por supuesto. Un trasplante no sería difícil, pero no me convendría; trasplantaríamos también los sentimientos de la persona a la que arrebatásemos su cerebro.

—Entonces, lo fabricará usted —adivinó Orchid.

—Sí —confirmó Doukestill.

Los ojos de la mujer brillaron de pronto.

—Doctor, creo que empiezo a comprenderle —dijo.

—Lo celebro infinito, señora —sonrió el científico—. Por eso la llamé a usted.

Orchid se puso una mano en la barbilla.

—Usted fabricará los dobles y yo me encargaré de situarlos en sus puestos, después de haber eliminado a los originales —dijo.

—Es exactamente lo que espero de usted, Deathly Orchid.

—Pero, supongo, será preciso que conozca a fondo el historial de cada uno de los posibles suplantados.

—Oh, ése no es problema. Hace años ya que trabajo en el asunto. Por persona delegada, naturalmente.

—¿De confianza?

—He depositado en ella la misma confianza que he depositado en usted, señora —contestó Doukestill.

—Me halaga esa respuesta, doctor. Pero hay una duda que me gustaría que usted resolviese.

—Dígame, señora Halds.

—¿Cómo controlará a los dobles?

Doukestill hizo un gesto con la mano, después de cubrir el hueco cráneo del paciente.

—Venga, por favor.

Salieron de la estancia, cruzaron el pasillo y entraron en un gran cuarto, una de cuyas paredes era una especie de panel de mando, con centenares de lamparitas, de las que sólo dos o tres permanecían encendidas.

—Cada lámpara, en su día, representará a uno de los suplantados —explicó Doukestill.

—Hay dos o tres encendidas...

—Son de otros tantos sujetos de prueba, gente sin valor, personas corrientes, en suma.

—Conejillos de Indias.

—Justamente, señora. Y he de decirle que las pruebas que he realizado hasta ahora no han podido ser más satisfactorias.

—Lo celebro infinito, doctor —dijo Orchid—. Supongo que luego me dará usted más detalles complementarios, pero antes, por favor, dígame una cosa: ¿Por qué hace esto? ¿Por poder o por dinero?

Doukestill soltó una risita.

—El dinero da poder y el poder da dinero —contestó—. Elija usted la respuesta que mejor le agrade, señora Halds.

Orchid sonrió también, mientras contemplaba fijamente al científico.

En apariencia, la sonrisa de la mujer era también de satisfacción. Sólo Orchid conocía el verdadero significado de la sonrisa.

«Poder, poder infinito», pensaba.

* * *

Quinto Fulvio Messala, Procónsul de Olympus, alargó una mano y arrancó un par de granos de uva del racimo que, junto con otras frutas, había en un frutero de plata. Un poco más allá, reclinado indolentemente sobre una barra con servicio de licores. Tully Sapper calentaba una copa de coñac con la mano izquierda.

Messala saboreó, pensativamente la uva. Era un hombre de sesenta y tantos años, alto, fornido y de cráneo cubierto por una ligera capa de vello. En aquellos momentos, en lugar de las aparatosas insignias de su cargo, vestía solamente una sencilla túnica de lino blanco, con orla de grecas doradas.

—De modo que me dejas, Tully —dijo el Procónsul, después de un largo silencio.

—Respetuosamente, te pido licencia para abandonar tu servicio —contestó Sapper.

—Pero ¿por qué? No sólo eres mi mejor amigo, sino también el mejor y más valeroso de mis agentes secretos... ¿Se trata de dinero, Tully?

Sapper meneó la cabeza.

—Tengo ya treinta y ocho años...

—¡No me digas que te sientes viejo! Tu apariencia es la de un joven de veinticinco. Y no sólo la apariencia, sino todo lo demás. Si dejas el servicio, es por otra causa, Tully. ¿Por qué no eres sincero conmigo?

—Quinto Fulvio, ¿te has parado a pensar que un hombre tiene derecho

algún día a vivir de un modo estable y sin preocupaciones?

—Eso es cierto, pero me cuesta mucho imaginarte a ti haciendo de granjero o de comerciante, con horarios fijos y todo lo demás. Eres inquieto, versátil, tornadizo... y amante de las aventuras. Y lo mejor de todo es que tú también lo sabes, Tully.

Sapper sonrió.

—A veces se cambia de modo de pensar, Quinto Fulvio —respondió sobriamente.

Messala suspiró.

—También eres terco y cuando adoptas una postura, no la cambias tan fácilmente —dijo—. De acuerdo, acepto tu dimisión. ¿Qué quieres de mí como recompensa por tu último servicio?

—Cien mil hectáreas de terreno, en la zona que te indicaré de Uvinor-A —pidió Sapper.

—Pero, Tully, ese condenado planeta... Kotmuran-II está demasiado cerca...

—Sospecho que no conoces bien los planetas de tu Proconsulado —dijo Sapper—. Hay zonas muy fértiles, con abundancia de agua y arbolado, y yo quieto establecerme en una de esas zonas.

—Está bien, si ése es tu deseo... No obstante, tropezamos con el inconveniente que tú sabes.

—Si te refieres a los contrabandistas de Uvinor-A, puedes solucionarlo en pocas semanas.

—¿De qué manera, Tully?

—Media docena de astronaves, con disgregadores moleculares, cuyas radiaciones se hallen específicamente ajustadas a las piedras preciosas que allí abundan tanto. Cuando en un sitio falta una cosa, nadie va a

buscarla, ¿comprendes?

Messala torció el gesto.

—Será tanto como suprimir una importante fuente de ingresos en el Proconsulado —gruñó.

—fin tal caso, resígnate a que continúe el contrabando... y algo peor todavía. Sin dinero, tus enemigos políticos no podrán hacer nada contra ti.

—Dirán que lo hago por interés personal...

—Y ahora dicen que tienes un sótano con decenas de toneladas de piedras preciosas, que has sustraído al Tesoro Público —rió Sapper—. Hagas lo que hagas, jamás estarán contentos, Quinto Fulvio.

—Sí, tienes razón —convino el Procónsul—. Y hay otras formas de obtener ingresos para el Tesoro Público. En fin, cuenta con esas cien mil hectáreas en Uvinor-A. ¿Cuándo piensas partir hacia allí, Tully?

—Apenas tenga la documentación en regla, iniciaré la compra de materiales, pertrechos y víveres —respondió Sapper—. Quiero llevar todo lo indispensable en el primer viaje. Después, a medida que vaya necesitando más cosas, las pediré por radio.

—Te envidio —dijo el Procónsul con voz teñida por la melancolía—. A mí también me gustaría hacer una cosa semejante.

—Dimite, Quinto Fulvio.

Messala volvió a sonreír.

—Olvidas que tengo ambiciones políticas —contestó—. Y si desempeño con éxito mi Proconsulado, podré aspirar un día a la Presidencia de la Confederación do Planetas Terrestres.

CAPITULO III

—Fue usted, sólo podía haber sido un tipo como usted —dijo la muchacha, un segundo antes de aplicar su mano derecha con violencia contra la mejilla de Sapper.

El abofeteado agarró la muñeca femenina, pero ya era tarde. Ella le miró con ojos llameantes de indignación y el pecho, firme y juvenil, agitado por una respiración evidentemente alterada.

—Señorita, no tengo el honor...

—Claro que no lo tiene, no lo ha tenido jamás. ¿Podría un hombre de honor ser un esbirro del Procónsul?

Sin soltarla aún, Sapper frunció el ceño.

—Empiezo a comprender —dijo—, Usted es una conspiradora...

—Una patriota —puntualizó ella.

—Ya, ya, que sólo aspira a la libertad e independencia de su planeta —dijo Sapper con sorna—. Conozco el discurso, así que no siga, señorita. Por cierto, todavía no sé su nombre.

—Helia Dunn —contestó la muchacha—. Y lo único que siento es que me encuentro atada por ciertas consideraciones morales, de las cuales carece usted.

—De lo contrario, me pegaría dos tiros, ¿no es cierto?

—Puede estar seguro, esbirro. Pero, suélteme...

Helia forcejeó, pero los dedos de Sapper eran como tenazas.

—Aguarde un poco, chica revoltosa —dijo él—. Sospecho que está indignada por la captura que hice en Uvinor-A.

—Sin olvidar, por supuesto, la muerte de Jean Dupont.

—Fue algo enteramente accidental, aunque no discutiré el tema con quien se negaría a aceptar todos mis argumentos. Sin embargo, hablaremos de otra cosa relacionada, por supuesto, con este tema.

Helia le miró fijamente, como desafiándole con sus bellos ojos verdosos. Era una esbelta muchacha de unos veintitantos años, pelo negro y tez color canela.

—¿Cree que podemos seguir hablando, esbirro? —preguntó insultantemente.

—Desde luego. Masterson, O'Hara y Dupont habían ido a Uvinor-A para recoger y contrabandear piedras preciosas, con cuyo importe sufragarían ustedes los gastos del movimiento revolucionario que combate al Procónsul. ¿No es así?

—Puesto que lo sabe tan bien, ¿a qué negarlo?

—Perfectamente. Ahora, siguiendo con el mismo tema, la supongo enterada de que esos tres individuos estuvieron ya antes en Uvinor-A con el mismo objeto.

—Resultaría inútil decir que no. Estuvieron y trajeron piedras preciosas...

—¿Cuántos kilos, Helia?

Ella se mordió los labios.

—Seis —contestó.

—Mintieron. Trajeron nueve kilos. Entregaron seis a la causa y se quedaron con un kilo cada uno.

—¡Imposible! Eran honrados...

Sapper se echó a reír.

—Pregúntele a Julius von Kary —aconsejó—. ¿No ha oído hablar de Von Kary? Sí, claro que sí, demasiado sabe quién es ese astuto negociante. Por supuesto, no les habrá pagado el valor real de las piedras; incluso puede que sólo pagase la mitad. Pero, aun así, tanto Masterson como O'Hara están ahora, como suele decirse, nadando en la abundancia.

Helia calló. Sapper se dio cuenta de que sus palabras habían penetrado hasta el fondo de la mente de la muchacha.

—Aunque de poco les servirá el dinero que les dio Von Kary —añadió—. Usted ya conoce las penas que la ley impone a quienes contrabandean piedras preciosas de Uvinor-A.

—Messala se basará en ello para hacer que los jueces aumenten su condena, por conspirar...

—Use su preciosa cabecita, chica —dijo él, un tanto irritado—. La palabra «conspiración» ni siquiera será mencionada en el juicio. ¿Para qué si no es necesario?

La comprensión entró al fin en la mente de Helia. Sapper volvió a sonreír, a la vez que soltaba su muñeca.

—Lamento haberle dado ese disgusto, pero tal vez un día me lo agradezca, señorita Dunn.

Helia se marchó sin decir ni una sola palabra. Sapper continuó contemplándola, hasta que hubo salido a la calle, desde el amplio vestíbulo del hotel, en donde había tenido lugar la precedente escena.

—Lástima de chica —suspiró para sí, en el momento en que un camarero se le acercaba respetuosamente.

—¿Señor Sapper? —preguntó.

—Sí, yo mismo.

—Señor, la señora Halds me ha encargado decirle que le agradaría recibir su visita en la *suite* 40 —manifestó el camarero.

* * *

Sin tener la menor idea de quién era la mujer que le había llamado, Sapper tocó en la puerta con los nudillos, sumamente intrigado por conocer la identidad de la señora Halds. La puerta se abrió y una mujer de arrebatadora hermosura apareció ante sus ojos.

—Hola, Tully —saludó Orchid lánguidamente, a la vez que le tendía una mano—. Entra, por favor, no te quedes ahí como un poste en el corredor.

Sapper sacudió la cabeza.

—Me parece estar viendo visiones —murmuró.

—¿Soy una visión, acaso? —rió ella suavemente, a la vez que se colgaba de su brazo—. Yo sí que llegué a pensar que veía visiones, cuando aquella furiosa muchacha te pegó una bofetada.

—Se equivocó de mejilla —contestó él—. Pero dime, Orchid, hace lo menos diez años que no nos vemos y entonces, si mal no recuerdo, tu apellido era otro.

—¿Acaso una mujer no puede casarse y enviudar?

—Oh, lo siento...

—No lo sientas, porque yo tampoco lo siento. Sólo espero que el difunto siga tan bien conservado como cuando murió.

Sapper arqueó las cejas, desconcertado por aquellas frases.

Orchid le sirvió una copa, que había preparado mientras hablaba. Sonriendo encantadoramente, explicó:

—El alcohol es ideal para la conservación de materias orgánicas, me

parece.

Una chispa de humor apareció en los ojos del hombre.

—Ahora ya entiendo —dijo—. Murió alcoholizado.

Orchid estaba en pie, vuelta de espaldas a la ventana. Vestía un peinador de tules negros y su silueta se transparentaba a través del finísimo tejido. Sapper se dio cuenta de que Orchid era consciente de su belleza —siempre -Jo había sido— y trataba de demostrarlo a la menor ocasión que se le presentaba.

—Así que diez años, Tully...

—Más o menos, aunque no parece que hayan pasado por ti en absoluto, Orchid —contestó él galantemente.

—Tú también te conservas muy bien —elogió la mujer, mientras le miraba por encima de su copa—. Dime, Tully, ¿qué haces ahora?

—Nada. Por el momento, claro.

—He oído hablar de ti. Eres muy amigo del Procónsul, creo.

—No es una amistad íntima, si es a eso a lo que te refieres. Se trata más bien de la relación entre un superior y su subordinado, y en este caso, el superior está muy satisfecho de los servicios de su subordinado.

—Oh, ya veo.

—Pero el subordinado ha presentado la dimisión y, en estos momentos, se dedica al descanso.

—Eres un hombre afortunado. —Orchid caminó hasta un amplio diván y se sentó en él con incitante postura—. Anda, ven a mi lado; tengo muchas ganas de hablar contigo.

—Tal como yo te veo ahora, le quitas a uno hasta la facultad de hablar

—dijo Sapper galantemente.

Orchid le dio un amistoso cachetito en la mejilla.

—Siempre encontraste la frase justa, en el momento adecuado —dijo —. Por eso tuviste tanto éxito entre las mujeres, aunque me imagino que seguirás teniéndolo, Sapp... ¿Recuerdas?, en la Universidad te llamábamos así... Por cierto, todavía no sé si te has casado.

—Sigo soltero, Orchid.

—Es una suerte —sonrió ella—. Dime, ¿por qué te pegó esa chica?

—Estaba enfadada. Es enemiga del Procónsul, políticamente hablando, claro está.

—Ah, vamos, una de esas fanáticas independentistas.

—Sí, eso parece.

Orchid se reclinó en el diván, haciéndolo de modo que resaltaban aún más los encantos de su seno opulento.

—De modo que ahora no haces nada, Sapp —dijo.

—Te contemplo a ti, que, en estos momentos, es lo más interesante para mí.

Ella sonrió halagada.

—A veces, la contemplación molesta... si se sabe que no va a pasar de ahí —murmuró.

Sapper no era tonto. Dejó la copa a un lado y la abrazó con fuerza.

—También sé hacer algo más que contemplar a una mujer hermosa — aseguró.

—¿Por ejemplo?

Sapper le dio la respuesta con un ardiente beso, al que ella correspondió con no menor apasionamiento.

* * *

—¿De modo que por ahora no haces nada, Sapp? —dijo ella, mientras se peinaba ante el espejo.

Sapper demoró la respuesta. Estaba llenando dos copas.

—No, aunque no tardaré mucho en dejar la inactividad —contestó.

—¿Piensas trabajar?

—Sí, claro...

—Lástima —dijo ella, a la vez que abandonaba el peine sobre el tocador—. Yo pensaba ofrecerte un buen empleo. Con cinco mil S. M. mensuales de sueldo.

Sapper silbó.

—Eso es lo que ganaba hasta ahora en año y medio —dijo.

—Los sueldos de los funcionarios públicos no han sido jamás muy elevados. Siempre se ha ganado más en empleos privados.

—Por eso dimití, Orchid.

Ella se puso en pie y se le acercó.

—¿Aceptas, Sapp? —preguntó.

—Es un buen sueldo, pero...

—¿Te parece poco, a pesar de todo?

—No, no es eso. Lo siento, Orchid, pero tengo planes propios. Quizá me estoy aburguesando, tal vez me siento harto de correr riesgos y

aventuras, pero no puedo aceptar.

—¡Oh! —dijo ella, decepcionada—. Pero bueno, Sapp, ¿qué es lo que piensas hacer? Si se puede saber, naturalmente.

—Se puede. He obtenido una concesión de cien mil hectáreas en Uvinor-A y pienso dedicarme a la ganadería y a la agricultura.

Orchid le miró con ojos muy abiertos, como si no acabase de dar crédito a lo que acababa de escuchar. De pronto, rompió a reír.

Era una risa estridente, convulsiva. Parecía histérica, pero Sapper comprendió el verdadero sentido insultante de aquellas carcajadas.

Sapper dejó la copa a un lado.

—Lamento haberte defraudado, pero no creo que mi respuesta tenga nada de cómica —dijo secamente.

Y se dirigió hacia la puerta. Orchid corrió tras él.

—Espera, Sapp —gritó—. Ya sé que me he excedido, pero no pude contenerme... Te ruego me dispenses...

La puerta se abrió en aquel momento de golpe. Un hombre entró en la estancia.

—Oh, no sabía que tuvieras visita, Orchid. Dispénsame... —dijo, un tanto turbado:

Era un hombre joven, todavía más alto que Sapper y con quince kilos más de peso, muy rubio y de ojos azules. Su edad, calculó Sapper, no llegaba a los treinta años.

—No te preocupes, Knut —dijo ella—. Escucha, voy a presentarte a un buen amigo mío, Tully Sapper. Tully, este es Knut Kielsen.

Los dos hombres se saludaron fríamente.

—Adiós, Orchid —se despidió Sapper instantes después—. Ha sido un placer, señor Kielsen.

La puerta se cerró. Kielsen se enfrentó con la mujer, a la vez que señalaba con el pulgar hacia sus espaldas.

—Oye, Orchid, este tipo puede ser peligroso. Pertenece al servicio secreto del Procónsul...

Orchid rió suavemente.

—Ya no es peligroso, porque ha dimitido y va a convertirse en un vulgar granjero —dijo, a la vez que se colgaba del brazo del recién llegado—. Aunque la verdad es que hubiera hecho un buen papel en la agencia.

—¿Mejor que yo? —preguntó Kielsen, celoso.

Ella le miró un instante. Luego, sonriendo de un modo subyugante, le dio una palmadita en la mejilla.

—Nadie como tú, Knut... en todos los sentidos —contestó. Pero sabía que mentía, porque, aun considerando bueno a Kielsen, Sapper valía diez veces más.

Por otra parte, la negativa de Sapper no era tan lamentable como le había parecido en un principio. Uvinor-A se hallaba a ciento once millones de kilómetros de distancia, lo que suponía una gran tranquilidad para el desarrollo de sus proyectos.

CAPITULO IV

El hombre que golpeaba las rocas con un martillo de geólogo lanzó de repente una exclamación de rabia:

—¡Es inútil! ¡No se encuentra un solo diamante!

Helia le miró inquisitivamente a través de sus lentes de color.

—¿Seguro, Johnny? —preguntó.

—Absolutamente. No sé qué diablos pasa, pero no hemos conseguido nada en las dos semanas que llevamos aquí. Sólo tierra y polvo...

Dos hombres aparecieron a lo lejos, aproximándose al campamento. Venían, más que cansados físicamente, decepcionados por el fracaso que era evidente en. sus rostros.

—Nada —dijo uno de ellos al reunirse con la pareja.

—Ni un rubí que pesara siquiera una décima de quilate —añadió el otro.

El sol caía con fuerza sobre el campamento, situado al pie de unas rocas de gran elevación, áridas, desnudas, sin una sola mata de hierba que aliviase la monotonía del panorama. La astronave permanecía en reposo a cincuenta o sesenta pasos de distancia.

—Y, sin embargo, aquí es donde Masterson y los otros consiguieron hace dos años aquel enorme botín —dijo Johnny Peare—. El mapa lo señala con toda exactitud; no hay motivos, por tanto, para temer un error de orientación.

Helia frunció el ceño. De pronto, sin saber por qué, se acordó de la borrascosa entrevista que dos años antes había sostenido con el hombre al que había llamado «esbirro del Procónsul».

¿Tenía Sapper algo que ver con el fracaso de la expedición?, se

preguntó, dubitativa.

Sus tres acompañantes discutían acaloradamente entre sí. A pesar de la abstracción en que había caído, Helia pudo captar algunas frases que la desagradaron de inmediato.

Aquellos hombres sólo sentían el fracaso por sí mismos y no por los beneficios que hubiesen podido proporcionar a la causa que defendían. En aquellos instantes, Helia vio con claridad que Sapper había hablado con la verdad por delante.

Sólo les importaba su provecho particular. El derrocamiento de un régimen al que detestaban tenía para ellos un interés completamente secundario.

Una sorda cólera invadió su ánimo. Fue a decir algo, pero, de repente, algo silbó por los aires.

Un segundo más tarde, se produjo la explosión en la ladera rocosa. Un enorme chorro de tierra y humo voló por los aires, junto con algunos pedruscos que silbaron amenazadoramente en torno al cuarteto.

Sonaron gritos de terror. Helia alzó la vista y contempló una astronave que evolucionaba lentamente sobre ellos.

Un chispazo brotó de pronto en la panza de la nave. Helia se tiró al suelo de inmediato.

Se oyó otra explosión. Peare y los otros, aterrados, echaron a correr desesperadamente.

La astronave los persiguió. Sonaron varias explosiones más.

Horrorizada, Helia vio volar despedazados tres cuerpos humanos. Cerró los ojos, resignándose a morir.

Una sombra se proyectó súbitamente sobre su cuerpo,

—Levántese —ordenó alguien a través de un altavoz.

Helia obedeció, con las manos a la altura de los hombros.

—Camine —siguió la voz—. Vamos a destruir su nave.

—Pero no pueden abandonarme aquí...

La protesta de la muchacha fue cortada de un modo abrupto, desconsiderado.

—Tiene exactamente cinco segundos para decidirse. No se lo repetiré más.

Helia comprendió que la cosa iba en serio y echó a correr. Momentos más tarde, oyó una serie de fragorosas explosiones.

Volvió la cabeza. El campamento, con cuanto contenía, estaba siendo arrasado. Los tripulantes de la nave, era evidente, se complacían en destruir todo, de modo que no quedase siquiera una cantimplora de agua.

Un minuto después, Helia vio un brillantísimo fogonazo, seguido de una detonación de mayor volumen todavía que las anteriores. La nave acababa de saltar en pedazos.

Los atacantes dispararon todavía varias salvas, procurando destruir los restos acaso utilizables de la nave. Helia, con los ojos llenos de lágrimas, contempló la escena desde lugar seguro.

Luego, la nave atacante, en cuyos costados podían verse claramente las insignias del Proconsulado, se elevó raudamente y desapareció en el cielo en contados segundos.

En aquellos momentos, Helia empezó a preguntarse, viéndose rodeada por un panorama hostil, si no hubiera sido mejor morir con sus compañeros.

Pero todavía vivía. Y haría los posibles por conservar la vida.

De pronto recordó que hacia el Sur había una zona habitable.

Resueltamente, dio media vuelta y echó a andar.

* * *

Tully Sapper saltó del tractor movido por energía atómica y se dirigió hacia la sombreada cascada que formaba parte de sus tierras.

La casa y los edificios de la granja se hallaban escasamente a ciento cincuenta metros de distancia. A Sapper le agradaba muy especialmente aquel lugar; por ello se había establecido en aquellos parajes, en los que el agua no faltaría jamás.

Había abundancia de árboles y pastos. En los sitios llanos, Sapper había sembrado forraje para las cincuenta o sesenta seleccionadas cabezas de ganado, que habían de constituir la base de una gran manada, con la que, en el futuro, poblaría aquellas tierras. Había plantado también una vasta extensión de frutales, pero pasarían dos o tres años antes de que los árboles rindiesen su fruto.

A lo lejos se divisaba una enorme llanura, con algunas manchas amarillas. Sapper sonrió complacido; el trigo empezaba ya a madurar.

Lanzó un grito. Una figura humana apareció a los pocos momentos.

—Lleva el tractor al cobertizo, Rob —ordenó.

—Sí, señor —contestó el robot—. ¿A qué hora quiere la cena?

—Dentro de media hora, Rob. Ahora voy a darme un buen baño.

—Bien, señor.

El robot trepó a la cabina y dio el contacto. El tractor arrancó casi en el acto.

Sapper ya no se lo pensó dos veces. Rápidamente, se quitó las ropas y se zambulló de cabeza en el agua.

La altura de la cascada era de unos seis o siete metros y su anchura de

diez o doce. Era una corriente de agua inagotable, que formaba en aquel punto un estanque natural de más de treinta metros de diámetro. Un poco más abajo estaban las tomas de agua para los distintos canales con los cuales irrigaba Sapper sus tierras.

Para los lugares altos, empleaba bombas que elevaban el agua hasta grandes depósitos, desde donde se distribuía a los lugares precisos por medio de simple gravedad. Sapper se sentía cada día más satisfecho de haber conseguido aquellas cien mil hectáreas de tierras fértiles.

Era una especie de vuelta a la naturaleza, aunque sin renunciar a muchas de las cosas que proporcionaba la civilización: energía atómica, que proporcionaba electricidad, máquinas y cuatro o cinco robots como peones. Algún día, se dijo, tendría que buscar una compañía más «humana».

«Tengo ya cuarenta años —pensó, mientras braceaba lentamente en el estanque—. Es hora ya de pensar en una familia...»

Una figura humana apareció de repente en su campo visual, interrumpiendo sus reflexiones. La mujer se derrumbó sobre la orilla y, de bruces, empezó a beber agua con singular avidez.

Sapper dejó de nadar y tocó fondo con los pies. Al cabo de unos segundos, ella alzó la vista y vio la cabeza de un hombre que emergía de la superficie del estanque.

—;¡Helia! —gritó él, estupefacto.

—¡Señor Sapper! —dijo la muchacha, no menos asombrada.

* * *

Todavía arrodillada, aunque con las manos apoyadas en el césped de la orilla, Helia contemplaba atónita al hombre que tenía frente a sí.

—Usted...

—Sí, el mismo —dijo Sapper—. Pero ¿qué diablos hace aquí, Helia?

—Nos atacaron... Tres de mis compañeros murieron... Soy la única superviviente... He caminado casi tres días sin parar

Sapper apreció en el acto el cansancio que se reflejaba en el rostro de la joven.

—Beba otro poco de agua y vuélvase, Helia —indicó—. Voy a vestirme.

—Sí, señor Sapper.

Momentos más tarde, el hombre se hallaba junto a Helia. Tomó su mano y la hizo ponerse en pie.

—Necesita un buen baño, pero de agua tibia —sonrió—. Luego le daré de comer y me contará lo que le ha pasado.

Helia se tambaleó de pronto. Sapper la tomó en brazos. Ella se sintió como una pluma.

—Gracias —murmuró—. Hubo un momento en qué pensé que iba a morir calcinada en el desierto.

—Es usted una mujer muy fuerte. De otro modo, no habría sobrevivido a una prueba semejante —dijo él, sonriendo complacido.

Helia no dijo nada; sentíase demasiado fatigada para sostener una larga charla, sin antes haber reparado sus fuerzas.

Entraron en la casa. Helia admiró en silencio la sencillez de la decoración, que no excluía la comodidad, si bien los lujos innecesarios estaban proscritos. El robot que hacía de criado acudió a recibirlos.

—Tom, prepara el baño para la señorita —ordenó Sapper—. Luego tendrás que poner otro cubierto más en la mesa.

—Sí, señor.

Helia quedó momentáneamente sobre un diván.

—Necesitará también ropa limpia —sonrió el hombre—. Pero puedo asegurarle que dentro de una hora se sentirá como nueva.

—Una vez le abofeteé, señor Sapper —dijo Helia—. ¿No me guarda rencor por aquello?

—Todavía me queda otra mejilla —contestó él suavemente.

CAPITULO V

La cena, abundante y sustanciosa, devolvió a Helia no sólo sus colores, sino también buena parte de las fuerzas perdidas en aquella larga caminata. Al terminar se reclinó en el respaldo de su silla, a la vez que lanzaba un suspiro de satisfacción.

—Señor Sapper, debo confesarle que hacía años que no comía tan bien ni tan a gusto —dijo.

—Hay dos razones para que se sienta usted satisfecha —contestó Sapper—. Una de ellas es el hambre. La otra...

—No me lo diga: alimentos completamente naturales.

—Exactamente —corroboró él—. Todo natural, desde los vegetales a las chuletas, aunque las frutas sean silvestres. Pero aguarde dos o tres años y podrá comer manzanas directamente de la rama del árbol. Y peras, melocotones, naranjas...

—Se me hace la boca agua —dijo Helia—. No siga por ese camino, señor Sapper; es un panorama verdaderamente turbador.

El se echó a reír.

—Pues todavía faltan las viñas. Entonces, podré elaborar mis propios vinos y... Bueno, todavía son sólo proyectos para el futuro, Helia.

—Usted los convertirá en realidad, no hay duda.

—Sí —convino Sapper pensativamente—. Le digo con toda sinceridad que siempre me gustó fundar una empresa semejante. Hay demasiadas conservas, demasiada comida sintética... Sin desechar por completo las ventajas de la civilización, conviene un poco volver a las fuentes primarias de la vida.

—Pero le falta algo —objetó ella.

—No lo siga. Pescado —sonrió Sapper.

—Sí, en efecto. Es otro de los elementos básicos en una dieta alimenticia equilibrada.

—A unos treinta kilómetros de aquí hay un gran lago de agua salada. Su extensión total es de seiscientos kilómetros cuadrados. Un día, cuando todo esté en marcha, importaré peces marinos que puedan vivir en esas aguas.

—No está mal pensado. ¿Y el pescado de río?

—Construiré grandes estanques para viveros y... Pero ¿por qué no hablamos de lo que le ha sucedido, Helia? Por favor, cuénteme todo, sin omitir detalle.

Tom, el robot, sirvió el café, mientras ella iniciaba su narración. Al terminar, Sapper se quedó muy preocupado por lo que Helia le había contado.

—No puedo creerlo —dijo—. Conozco bien al Procónsul; es duro y severo, pero justo. Si esos hombres empezaron a cañonazos directamente contra ustedes, quebrantaron las órdenes de Messala.

—A mis compañeros muertos ya no les importa —dijo Helia intencionadamente.

—Es verdad —reconoció él—. Pero le aseguro que serán castigados.

—No me haga reír —exclamó la muchacha—. Su

amigo el Procónsul se limitará a darles una palmada en los hombros, a decirles que sean buenos chicos y que a ver si no se repiten esas tonterías.

—Usted está condicionada por ciertos prejuicios que podrían calificarse de nacionalistas. Le propongo una cosa, Helia, y así podrá comprobar si yo tengo razón o, por el contrario, Messala es un

monstruo de perversidad.

—Si la propuesta vale la pena...

—Usted me acompañará y los dos hablaremos con el Procónsul —dijo Sapper.

Helia abrió mucho los ojos al oír aquellas palabras.

—Es una buena proposición —aceptó—. Y ello me permitirá también decirle algo acerca de lo que pienso de él y de su detestable tiranía.

—Vamos, Helia, no llame tirano a...

—Usted no le conoce bien, a pesar de lo que ha dicho —protestó la muchacha con vehemencia—. Tendría que saber todas las salvajadas que ha cometido en estos últimos doce meses. Se horrorizaría si lo supiera, se lo aseguro. Pero ya se lo contaré con más detalle en otro momento. Ahora sólo quiero dormir, señor Sapper.

—Dispénseme, no me acordaba ya de su fatiga. Tom le enseñará su dormitorio.

—Gracias. Ah, ¿va a hacer el viaje a Olympus sólo por persuadirme de la inagotable «bondad» de su amigo? —preguntó Helia, a la vez que se incorporaba.

—Da la casualidad de que tengo que hacer un viaje para comprar cosas que necesito. Saldremos pasado mañana si no tiene inconveniente —respondió él.

—Ninguno. —Helia se mordió los labios—. Es curioso, en dos semanas no encontramos una sola piedra preciosa...

Sapper lanzó una risita irónica.

—Por lo visto, el Procónsul siguió mi consejo —dijo.

—¿A qué consejo se refiere?

—Le recomendé que destruyera, mediante los instrumentos especiales, todos los diamantes de Uvinor-A. Era la mejor forma de acabar con ciertos conflictos.

—Sí, el Procónsul hizo como aquel médico que curaba radicalmente todas las enfermedades: cortando la cabeza a sus pacientes.

Sapper se echó a reír al observar la irritación de su bella invitada.

—El Sistema tiene otras fuentes de ingreso mucho mejores que unos cuantos kilos de diamantes —manifestó jovialmente—. Ande, váyase a dormir y no se preocupe de más. Aquí está tan segura... no, mucho más segura que en su casa.

Una sonrisa dulcificó el rostro de Helia.

—En eso sí que estoy completamente de acuerdo con usted, señor Sapper —contestó.

* * *

En la casilla de la solicitud de audiencia, correspondiente a los motivos, Sapper había escrito, simplemente: «Visita de amistad.» Al final de la solicitud había otra casilla, en la que se indicaba el día y la hora en que el solicitante sería recibido por el Procónsul.

Sapper y la muchacha se hallaban en una de las antesalas, aguardando la respuesta de Messala. Un oficial ayudante devolvió la solicitud.

Sapper leyó lo escrito en la última casilla: «Petición denegada.» Helia miraba por encima de su hombro y no pudo contener una risita irónica.

—Conque «Me recibirá apenas sepa que he llegado a Olympus», ¿eh? —dijo burlonamente—. Por lo visto, el ilustre Quinto Fulvio Messala tiene un concepto más bien pobre de la amistad.

—Cállese —gruñó él, muy irritado—. Esto no es lógico, Helia. Usted me tomará por presuntuoso, pero yo tengo la seguridad de que Messala

me habría hecho pasar inmediatamente. Si los asuntos políticos van tan mal como usted dice, él me habría tomado a su servicio inmediatamente.

—Y de nuevo se habría convertido en un esbirro...

—Depende de los puntos de vista. Ya le dije que usted sufre muchos prejuicios con respecto a Messala, lo cual no es justo.

—Sí, pero no podremos hablar con él —se quejó Helia.

—¿Está segura de que no hablaremos con el Procónsul?

Sapper echó a andar de repente, dirigiéndose hacia la gran escalinata que permitía la salida de la residencia de su amigo. Ella le siguió en el acto.

Momentos más tarde, se hallaban en un frondoso jardín, por el que patrullaban algunos guardias armados. Ninguno de ellos les concedió una excesiva atención: antes de entrar en el recinto de la pequeña ciudadela que era el Proconsulado, habían sido registrados a conciencia, a fin de impedir que pudieran pasar con armas a presencia del representante de la Tierra.

De pronto, Sapper agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella, haciéndola pasar al otro lado de un espesísimo seto.

—Pero, Tully...

—Silencio —dijo él imperativamente—. Agáchese y no respire siquiera. Hemos de permanecer escondidos aquí hasta la noche; si franqueamos ahora las barreras de protección, ya no podremos volver a entrar.

Helia comprendió las intenciones de su acompañante y se sentó bajo los arbustos. Pero no pudo evitar una mirada al cielo.

—Otra vez tráigase una baraja para pasar el rato —dijo irónicamente

—. Todavía faltan doce horas para que se haga de noche.

Sapper sonrió.

—Celebro que no haya perdido el sentido del humor —contestó—. Pero esas doce horas serán una buena cura de nervios.

* * *

Las doce horas se convirtieron en catorce. Habían llegado a la ciudadela alrededor de las diez de la mañana y era casi medianoche cuando, al fin, abandonaron su escondite.

—Nunca más —musitó Helia—. Nunca más me meteré en un jaleo semejante...

—Pero ¿no era usted la que quiere salvar a Olympus de la tiranía de los terrestres? ¿Cree que eso es cosa que se pueda hacer sólo con chasquear los dedos?

Helia soltó un bufido, pero no pudo seguir hablando; la mano de Sapper tiraba de ella con fuerza.

—Silencio, hasta que yo le diga que puede hablar —ordenó él.

Lenta y cautelosamente, fueron deslizándose por las zonas más oscuras del parque, hasta llegar a las proximidades de una amplia balaustrada, situada a cuatro o cinco metros *de*\,\ suelo.

Helia pensó que no podrían alcanzarla. Sapper le dijo algo al oído y ella, sorprendida, asintió.

De pronto, Sapper retrocedió una docena de pasos. Tomó carrerilla y luego saltó hacia arriba, con los brazos extendidos a lo alto. Sus manos agarraron la base de la balaustrada y quedó allí, aguardando la acción- de la muchacha.

Helia hizo lo mismo, sólo que se colgó de los tobillos del hombre. Acto seguido, Sapper flexionó los brazos y empezó a izarse a pulso.

Helia se sentía estupefacta al comprobar la poderosa musculatura de su acompañante; jamás había visto nada igual.

Momentos después, Sapper se agarraba al borde superior de la balaustrada. Ella trepó por su cuerpo y saltó al interior de la terraza.

Sapper la siguió en el acto. Había luz en una gran sala contigua a la terraza. Un hombre descansaba apaciblemente sobre un diván contemplando, según parecía, un programa de televisión.

Sapper frunció el ceño.

—Esto no me gusta —murmuró.

—¿Por qué? Es lógico qué, después de una agotadora jornada de trabajo, el Procónsul trate de distraerse...

—Helia, mi amigo Messala hacía dos cosas a las doce de la noche: o trabajaba en el despacho de documentos, cuya solución no se podía retrasar, o buscaba una distracción mucho más interesante que un simple programa de televisión.

—Oh —murmuró ella—. Pero quizá sus gustos han cambiado...

—Lo dudo mucho. De todas formas, lo sabremos ahora —dijo Sapper.

Y avanzó resueltamente hacia la gran vidriera que separaba la sala de la terraza.

CAPITULO VI

El hombre que estaba sentado en el diván alzó la cabeza al sentir una presencia extraña. Un gesto de extrañeza se dibujó en su rostro.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó—. ¿Quién les ha dado permiso para entrar?

Sapper se paró en el centro de la estancia.

—¿No me conoces, Quinto Fulvio? —dijo.

El Procónsul se puso en pie.

—Sí, ahora caigo... Tú eres... eres...

— Bob Featherman, hombre —sonrió Sapper—. Fuimos condiscípulos en la Cuarta Universidad Interplanetaria, sexto y séptimo cursos de Geopolítica.

—Es cierto —sonrió Messala—. Lo había olvidado... ¿Qué tal, Bob? Oye, esa chica que te acompaña es muy guapa. ¿Quién es?

Helia se sentía desconcertada. Uno de los dos hombres mentía.

¿Había usado Sapper un nombre supuesto cuando actuaba al servicio del Procónsul y ahora empleaba el suyo auténtico?

De súbito, Sapper saltó hacia el Procónsul y lo agarró por una muñeca.

—¿Quién eres tú? —preguntó agriamente—, ¿Dónde está mi amigo Messala?

—Pero ¿qué estás diciendo? Yo soy...

—Tú eres un impostor. Jamás me he llamado Featherman ni he estudiado en mi vida en la Cuarta Universidad Intergaláctica. Dime, bandido, ¿qué habéis hecho de mi amigo?

El impostor pegó un fuerte tirón para desasirse. Al mismo tiempo, abofeteó la cara de Sapper con la mano libre.

La respuesta de Sapper fue punto menos que instintiva; golpeó también, aunque con mucha mayor fuerza.

El Procónsul cayó hacia atrás y su cráneo chocó ruidosamente contra el borde de una mesa. Se oyó un extraño ruido y toda la parte superior de la cabeza se desprendió, rodando un poco por el suelo antes de detenerse.

Helia lanzó un chillido de horror. Sapper se quedó inmóvil un instante, paralizado por el asombro que le producía lo ocurrido.

De pronto, reaccionó y se arrodilló junto al caído. Tocó su brazo y lo halló flexible y caliente. Luego dio la vuelta y contempló el interior del cráneo.

Cerró los ojos un instante. Sentía unas náuseas espantosas.

—Es un robot —adivinó Helia.

Sapper hizo un gesto negativo.

—Mucho peor —contestó.

Se puso en pie y se acercó a una mesa, en la que había servicio de licores. Cogió una copa y la rompió, quedándose con un trozo de vidrio cortante.

Con aquel bisturí improvisado, rasgó la piel del antebrazo izquierdo. La sangre manó en el acto.

Helia había contemplado también lo que había dentro del cráneo y se sentía horrorizada por lo que acababa de ver. La sangre que había brotado del rasguño provocó en su mente una especie de torbellino, que le causó un leve mareo.

—Tully, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó, llena de angustia.

Sapper no pudo contestar. La puerta se abrió de repente y un hombre, que traía en las manos un fajo de papeles, entró en la sala.

—Messala, tienes que firmar...

El individuo se cortó de pronto al ver a dos personas extrañas en la estancia. Durante un segundo permaneció indeciso, todavía con los documentos en la mano.

Luego dijo:

—Pero si es...

—El mismo, Knut Kielsen —corroboró Sapper fríamente, a la vez que señalaba con la mano al ser caído en el suelo—. ¿Qué han hecho ustedes con mi amigo?

La mesa ocultaba hasta entonces el cuerpo de Messala. Kielsen lo vio y lanzó un rugido de ira.

Casi en el acto, tiró los papeles a un lado y buscó una pistola bajo su blusa. Sapper actuó con la velocidad del rayo.

Su puño derecho golpeó la mandíbula de Kielsen. Se oyó un rugido y el hombre rodó inconsciente por el suelo.

—Tully, tenemos que irnos —dijo la muchacha, llena de ansiedad.

—Espera un momento —pidió él.

Arrodillándose junto a Kielsen, hojeó rápidamente los papeles, encontrando que no eran sino documentos burocráticos de cierta importancia, pero que a él no le resolvían nada práctico. En uno de sus bolsillos, sin embargo, encontró una especie de agenda de notas, que se guardó sin el menor empacho.

—Ahora ya podemos irnos, Helia —dijo al terminar.

Corrieron hacia la terraza. Antes de saltar, ella le miró

inquisitivamente.

—Tully, ¿qué haremos ahora? —consultó, muy aprensiva.

—Tengo un amigo que quizá pueda ayudarnos —respondió él—. Por lo menos, se mostrará neutral y, lo que es más importante, creerá cuanto le diga.

* * *

—La hora es un poco intempestiva, a fe mía —dijo el capitán Vothul Zardo, tras abrir la puerta de su casa—. Un año sin verte, Tully, y tienes que venir a las tres de la madrugada.

—Lo siento, —contestó Sapper—. El asunto que me trae es sobradamente urgente como para interrumpir tu sueño. ¿Conoces a Helia Dunn?

Los ojos de Zardo se posaron sobre el rostro de la muchacha.

—He oído hablar mucho de ella, y no para bien —contestó severamente.

—Cuestión de opiniones políticas, capitán —dijo Helia con desparpajo.

—Está bien, discutiremos eso luego. Entren, por favor —indicó Zardo.

Sapper y la muchacha cruzaron el umbral. Zardo se ajustó maquinalmente el cordón de la bata.

—Supongo que querrán beber algo —dijo.

—Una copa no vendrá mal, en efecto —contestó Sapper—. Vothul, ¿cómo marchan las cosas en Olympus?

Como has dicho antes, he estado un año fuera y me he desinteresado por completo de la política.

—El Procónsul ha endurecido un poco su actitud, pero eso es todo —manifestó Zardo, mientras entregaba sendas copas a sus visitantes—. ¿Por qué lo dices, Tully?

—Endurecer su actitud —exclamó Helia con voz crispada—. Se ha convertido en un...

Sapper extendió su mano.

—Por favor, Helia, déjenos hablar —rogó—. Vothul, contesta a mi pregunta.

—Ya te he dicho que el Procónsul...

—¿Estás seguro de que el hombre que reside en la ciudadela es Quinto Fulvio Messala?

Zardo frunció el ceño.

—Tully, agradeceré que te expliques con mayor claridad —pidió secamente—. No veo a qué vienen tales dudas. ¿Es que no conoces a Messala tan bien como yo?

—Vothul, Messala no habría ordenado jamás cañonear a cuatro simples contrabandistas de diamantes. Para arrestarlos, hubiera sido suficiente lanzarles unas nubes de gas narcótico y no destrozarlos con proyectiles tipo ciento cinco.

—¿Es cierto eso que dices? —se asombró Zardo.

—Yo era uno de esos cuatro contrabandistas —intervino Helia—. Mis tres compañeros murieron despedazados por las explosiones.

—No, sé... Me parece tan extraño...

—Cuando conozcas la verdad, no te parecerá extraño, Vothul —dijo Sapper.

Minutos más tarde, Zardo estaba enterado de lo ocurrido en la

residencia del Procónsul. Su asombro fue enorme al conocer los sucesos.

—Increíble —murmuró—. Un robot...

—Yo diría mejor un semirrobot. O un semihombre, como quieras llamarlo.

—Hubot estaría mejor dicho —sugirió Helia—. Humano y robot —aclaró.

—Una palabra muy adecuada —aprobó Sapper—. Y bien, Vothul, ¿qué me contestas?

—Necesito un trago —gruñó el oficial.

Zardo despachó su copa de un golpe.

—No es agradable enterarse de que se ha estado obedeciendo a una máquina —dijo—. Pero ¿quién lo ha sustituido? ¿Y por qué, Tully?

—Eso es lo que yo quisiera saber también —contestó el aludido—. Por cierto, ¿qué hace en la ciudadela un tal Knut Kielsen?

—Es el Primer Comisario Ayudante. Messala lo nombró hará unos seis o siete meses. Prácticamente, es el dueño de Olympus, aunque, por supuesto, Messala es quien refrenda sus decisiones.

—La cosa se aclara un poco, aunque no del todo. Vothul, ¿tienes alguna queja en lo personal del Primer Comisario Ayudante?

—Me tiene postergado —rezongó Zardo—. Debía de haber ascendido hace seis meses, pero como en cierta ocasión mostré no simpatía, sino simple neutralidad hacia un par de -conspiradores, y no empleé con ellos el rigor que él habría deseado...

—¿Qué hace con los conspiradores? Cuando no los cañonea, desde luego.

Zardo meneó la cabeza.

—Prefiero no pensarlo, Tully —contestó sombríamente.

—Desaparecen —exclamó Helia.

—¿Ejecuciones en secreto? —preguntó Sapper.

Zardo se encogió de hombros.

—Ella lo ha definido a la perfección: los arrestados desaparecen —dijo.

—Alguien ha sustituido a Messala y no digo que la sustitución haya sido total, sino que es suficiente que le hayan cambiado su cerebro por otro mecánico. Eso significa, pura y simplemente, que mi amigo está muerto. Alguien lo pagará; te lo aseguro, Vothul —dijo Sapper.

—Sí, pero no sabes quién es...

Sapper extrajo de su bolsillo la agenda sustraída a Kielsen.

—Se la quité al Primer Comisario Ayudante —declare^—. He leído algunas de sus anotaciones, aunque no todas. Pero están en clave y no he logrado comprender su significado.

—Déjame, por favor —pidió Zardo.

El oficial empezó a leer. Había una serie de nombres, seguidos cada uno de ellos de una anotación consistente en un grupo de cifras y letras.

—Los nombres, opino, me parecen supuestos —dijo Zardo, al cabo de unos minutos de lectura—. Lo que sigue a continuación de cada uno de ellos son unas coordenadas geográficas o quizá espaciales... ¡Mira! —exclamó de repente—. Ya lo tengo. Rómulo Orv... KH-5-WW-10... Estas son las coordenadas internacionales de Olympus.

—Por tanto, el nombre de Rómulo Orv corresponde a Messala —dijo

Sapper.

—Espera un momento —rogó Zardo.

Se dirigió a un mueble y volvió con un pesado libraco, que abrió hacia su mitad. Luego, con ayuda de un lápiz, empezó a escribir algo a continuación de cada nombre, tras la correspondiente consulta al libro.

Había unos ciento cincuenta nombres. Muchos de ellos tenían las mismas coordenadas.

—Ahora ya no me cabe la menor duda —dijo Zardo al terminar las anotaciones—. Todos los nombres pertenecen a personas de alto rango: el Presidente de la Liga, varios de sus ministros, una docena de Primeros Secretarios y Primeros Comisarios, veinte generales y almirantes... y hasta una cincuentena de científicos de alta calificación. Sin embargo, hay un nombre en clave que no he conseguido descifrar.

—¿Cuál es, Vothul? —preguntó Sapper, muy interesado por las declaraciones de su amigo.

—Maximus Máximo. Las coordenadas son EE-21-CZ-72.

Hubo un momento de silencio. Luego, de pronto, Helia exclamó:

—Esas coordenadas corresponden, indudablemente, a un cuerpo celeste. Será preciso consultar una buena carta estelar, con su correspondiente índice de topónimos espaciales.

—No es mala idea —aprobó Zardo—. Pero aquí no dispongo de una carta estelar lo suficientemente detallada. Será preciso buscar en la Comandancia de Astronáutica...

Unos fuertes golpes en la puerta le interrumpieron de repente. Sapper y Helia volvieron la cabeza al mismo tiempo.

Zardo dejó la agenda a un lado y cruzó la sala para abrir. Apenas lo había hecho, alguien, situado en el umbral, hizo fuego con una pistola

disgregadora.

CAPITULO VII

El cuerpo de Zardo se convirtió en un informe montón de pasta sanguinolenta. Helia lanzó un chillido de espanto.

Alguien irrumpió de un salto en la estancia.

—¡No se muevan! —gritó.

Dos hombres armados más le siguieron. Sapper levantó los brazos en el acto.

—Soy el coronel Hwin —se presentó el sujeto que había disparado—. El Primer Comisario tenía razón: ustedes no podían estar en otro sitio.

Helia temblaba de pánico. Sapper procuró mantener la serenidad; perder los nervios en aquellos momentos, podía costarle caro.

—Hwin —dijo—. Creo que recuerdo su nombre.

Figuraba en la agenda sustraída a Kielsen. Las coordenadas eran las mismas que las de Messala.

—No es un detalle de importancia —sonrió Hwin—. Lo que sí resulta interesante es la captura de dos peligrosos conspiradores.

—Olvida el asesinato que acaba de cometer, coronel —dijo Sapper.

—El capitán Zardo era un traidor, señor Sapper.

—Cuestión de puntos de vista, coronel. ¿Qué piensa hacer con nosotros? —preguntó el joven.

—Lo sabrán muy pronto. Salgan y, por favor, no intenten hacer ningún gesto sospechoso. Tengo órdenes muy concretas con respecto a ustedes; por el momento, se les respeta la vida. Pero si pusiera en mi informe que me vi obligado a disparar contra usted porque intentaron escapar, nadie me lo reprocharía. ¿Está claro?

—Diáfano, coronel —se inclinó Sapper.

—Entonces, caminen.

Media hora más tarde, Sapper y Helia entraban en una celda, situada en los sótanos de la ciudadela.

—Aquí aguardarán el momento de su juicio —dijo Hwin.

Sapper miró al individuo fijamente. Hwin permanecía serio, sin ninguna expresión en su rostro.

Detrás de él había dos guardias armados. De súbito, Sapper disparó su puño derecho con todas sus fuerzas.

Hwin cayó de espaldas. Su nuca chocó contra el duro pavimento. Algo se desprendió de su cráneo y rodó por el suelo.

—Están obedeciendo las órdenes de unos humanos robotizados —dijo Sapper a los asombrados guardias—. Les resultará muy conveniente que piensen en ese «pequeño» detalle.

Uno de los guardias reaccionó y cerró la puerta de golpe. Helia se volvió hacía Sapper y le contempló con expresión llena de angustia.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó.

—Es conveniente que los humanos empiecen a saber quién les da las órdenes —contestó él.

De pronto sonaron voces al otro lado de la puerta.

Sapper corrió hacia la mirilla. Era un simple orificio, sin protección de vidrio.

La imagen de Kielsen apareció en su campo visual. Hablaba con los dos guardias quienes, evidentemente, permanecían aún aturdidos por el insólito descubrimiento que acababan de hacer.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó Kielsen.

—Ese... el hombre arrestado... —contestó uno de los sujetos, al que se la antojaba absolutamente incomprensible todo lo que estaba sucediendo.

—Le pegó un puñetazo... —dijo el otro.

—Ah, ya entiendo —murmuró Kielsen.

De repente sacó su pistola disgregadora. Antes de que los sorprendidos guardias pudieran presentir sus intenciones, disparó dos veces.

Sapper contempló la escena a través de la mirilla y se estremeció de horror. Pero, dada la forma de pensar de Kielsen, aquel doble asesinato era necesario para que nadie supiera que había seres no del todo humanos en puestos elevados de gobierno.

Acto seguido, Kielsen se alejó un poco y desenganchó una manguera de incendios. El potente chorro de agua que surgió a continuación barrió en contados segundos aquellos dos montones de pasta sanguinolenta en que se habían convertido los guardias.

* * *

Transcurrieron tres días.

Una vez en la jornada, se abría una pequeña trampilla inferior en la puerta del calabozo y alguien entraba una bandeja con dos tabletas de concentrado alimenticio y una botella de plástico que contenía un par de litros de agua. Ese era todo el contacto que los detenidos mantenían con el mundo exterior.

En la celda no había camas ni nada parecido. Solamente, a ambos lados de la misma, había dos sectores en el que el pavimento de losas había sido sustituido por una superficie lisa y alargada de algo parecido a la goma sintética. Allí era donde dormían Sapper y Helia, sin que nadie, hasta el momento, les hubiera dicho nada sobre su

futuro.

La puerta del encierro se abrió al cuarto día.

—Esta vez no me dejaré sorprender. Dispararé antes de que mueva usted una sola pestaña, Sapper —dijo el coronel Hwin.

Sapper creyó que soñaba. Hwin estaba de nuevo ante ellos, acompañado de cuatro guardias, igualmente armados. El golpe recibido cuatro días antes no parecía haber afectado a su condición de semihumano.

—Pero, de todas formas, me aseguraré de ustedes —añadió Hwin.

Hizo una seña con las manos y dos de los soldados entraron en la celda para colocar sendos pares de esposas a los detenidos. Sapper procuró rehacerse.

—¿Podemos saber, al menos, adonde nos llevan? —inquirió.

—Oh, no hay inconveniente —respondió Hwin—. El Procónsul quiere juzgarlos y dictar sentencia personalmente.

Sapper hizo un silencioso gesto de asentimiento. En aquel mismo momento desechó cualquier pensamiento optimista sobre su futuro.

—Bien, en marcha —ordenó el coronel.

Salieron de la celda y caminaron por el corredor, hasta llegar a un ascensor de gran capacidad, que funcionó inmediatamente. El viaje terminó en una antesala, guardada por una docena de soldados armados hasta los dientes.

—La guardia de mi amigo Messala no fue nunca tan numerosa —murmuró Sapper.

Hwin habló a través de un interfono. Segundos después, una pesada compuerta de acero se deslizó sin ruido a un lado.

Al fondo, en una estancia que Sapper conocía muy bien, había un hombre. El contraluz en que se hallaba situado, con respecto al gran ventanal que daba a la terraza, le impedía distinguir sus facciones.

Pero después de haber presenciado la poco menos que milagrosa «resurrección» del coronel Hwin, encontrarse allí con el semirrobot que poseía toda la figura de su amigo Messala, no resultaba extraño en absoluto.

* * *

Messala, con las manos a la espalda y un rictus entre irónico y hostil en su cara, empezó a dar vueltas en torno a los prisioneros.

—De modo que éstos son los revolucionarios —dijo.

—Sí, Excelencia —contestó el coronel Hwin.

—Gente rebelde, que no se acomoda a las justas leyes que dicta mi paternal interés por el pueblo de Olympus, ¿no es así?

—En efecto, Excelencia.

—No son los primeros, aunque sí me gustaría que fuesen los últimos. Coronel, ¿se tienen noticias de más revolucionarios?

—Estamos sobre la pista de unos cuantos, pero están muy bien escondidos. Conocemos sus nombres; sin embargo, no hemos podido hasta ahora...

Messala hizo un gesto con la mano.

—Ya los encontraremos —dijo. De pronto se detuvo frente a Sapper, quien, como Helia, permanecía impasible y silencioso—. Tú te llamabas mi amigo y consejero antes —le recordó.

—Era amigo y consejero de un hombre recto, justo y severo, pero también humano y comprensivo —contestó Sapper.

—¿Quiere eso decir que ya no soy lo que has dicho?

Sapper se encogió de hombros.

—¿Tiene algún sentido hablar dé tus cualidades, lo mismo pasadas que presentes? —exclamó amargamente.

Messala se echó a reír.

—Aguda respuesta —dijo—. ¿Has oído, Hwin?

—Las palabras del prisionero están dictadas por el resentimiento y la frustración, Excelencia —dijo el coronel servilmente.

—Sí, tienes razón. Tully, yo también me consideraba tu amigo, pero ya no lo soy después de lo ocurrido. ¿Recuerdas el viejo aforismo latino? *Amicus Plato sed magis amicus venias...* El nombre de Platón podría ser sustituido por el tuyo, Tully. Soy tu amigo, pero más lo soy de la verdad, lo que significa también de la justicia. ¿Me comprendes?

Sapper guardó silencio. «Es una muestra insuperable de cinismo», pensó.

—Está bien, veo que es inútil seguir hablando. Ambos están convictos de rebeldía contra el Proconsulado, rebeldía que no se ha limitado solamente a las palabras, sino también a los hechos. Por tanto, les condeno a ser desterrados a Silexium hasta que mueran —sentenció Messala.

Helia oyó aquellas palabras y no pudo evitar un gemido de terror. Messala se echó a reír.

—¿Le da miedo, hermosa? —exclamó—. Eso es algo que debería haber pensado con detenimiento antes de convertirse en una rebelde. Pero ya he hablado demasiado. ¿Coronel?

—Sí, Excelencia —dijo Hwin.

—Usted se encargará del traslado de los prisioneros al lugar en que ha

de ser ejecutada la sentencia en la forma prescrita para casos análogos.

—Sí, Excelencia.

Messala agitó una mano.

—¡Despejen! —ordenó.

Hwin hizo un gesto y los soldados se llevaron a los prisioneros. Segundos después, al quedarse solo Messala, se descorrieron unas cortinas y un hombre apareció en la estancia.

—¿Lo he hecho bien, señor? —preguntó Messala con evidente acento de humildad.

—Magnífico —aprobó Kielsen, sonriendo—. Ni yo mismo me habría mostrado tan justo al dictar sentencia.

—Gracias, señor. Sólo he procurado interpretar tus deseos...

—Mis deseos, no; los de Maximus Máximo.

Messala se inclinó.

—Sí, tienes razón, señor —dijo—. Discúlpame el error.

—No tiene importancia —contestó Kielsen benignamente—. A propósito; tengo que hacer un viaje para entrevistarme con Maximus Máximo. Procura que todo siga igual en Olympus.

—Seguiré puntualmente tus consejos, señor.

Kielsen se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia el Procónsul.

—Ah, y tenga cuidado en que ninguna persona se le acerque demasiado —aconsejó—. Recuerde lo que le sucedió con su amigo Sapper y piense que la segunda vez no me molestaría en... en recomponer su cerebro.

—Lo tendré en cuenta, señor —contestó Messala, inclinándole una vez más.

Mientras, Sapper y Helia habían sido conducidos de nuevo a su calabozo, en espera, según les dijo el coronel Hwin, de que estuviese lista la nave que habría de trasladarles a Silexium.

Apenas se quedaron solos, Sapper, invadido por una terrible curiosidad, se precipitó sobre la muchacha.

—Helia, dime, ¿por qué te asusta tanto el solo nombre de Silexium? —preguntó ávidamente.

—Pero ¿no lo sabías? —contestó ella—. En Silexium, los cuerpos humanos se convierten en piedra a las pocas semanas.

CAPITULO VIII

La astronave se posó sobre el desolado suelo de aquel planeta, sobre el que caían feroces los rayos solares. Sapper y la muchacha fueron obligados a saltar al suelo sin la menor consideración.

La vista del joven recorrió el panorama inmediato, estremeciéndose al pensar en la inaudita crueldad que habían empleado con ellos. En todo cuanto alcanzaba la vista no había un solo árbol, ni una mata, ni siquiera plantas propias de terrenos desérticos. Era un suelo absolutamente desnudo, de color blancogris muy claro, de tal forma que, a veces, parecía formado por sal con muchas impurezas.

Pero no era sal, sino sílice, uno de los principales componentes de la piedra. «De ahí —pensó Sapper— el nombre de Silexium aplicado a aquel horrible mundo.

Los guardias trabajaban ya en ellos, sujetándoles a la cintura una especie de fajas metálicas de dos mili-nombre de Silexium aplicado a este horrible mundo». A Sapper le parecieron cinchas de caballo.

Cada cinturón disponía de un sólido anillo en la parte dorsal. La anilla fue enganchada a una larga cadena, de unos cinco o seis metros, sujeta a una pared rocosa que medía cincuenta o sesenta metros de largo por diez de alto.

Sapper divisó unas formas vagas, parecidas a estatuas humanas en el suelo o en la pared. Había también una especie de sombrajo hecho con unas varas y una tela, lo que les protegería de los ardores del sol durante las horas diurnas.

Se estremeció al comprender el significado de aquellos bultos que, originariamente no habían formado parte de las rocas. En tiempos habían sido seres de carne y huesos como ellos.

A dos pasos del toldo colocaron una gran caja cuadrada. Una vez terminadas todas las operaciones, Hwin se acercó a la pareja y dijo:

—En esa dispensadora de alimentos hay tabletas alimenticias y agua suficiente para dos personas durante cuatro semanas. Puede que, debido a su peculiar constitución física, vivan algún tiempo más. Les aconsejo, por tanto, que midan bien las raciones; de otro modo, morirían de hambre y sed, si el proceso de petrificación se demora más de lo calculado.

Varios guardias estaban montando una cámara de televisión. Hwin sonrió.

—Al Procónsul le gustará ver cómo, gradualmente, se van convirtiendo ustedes en piedra —explicó.

—Esperamos proporcionarle gratos momentos de diversión —dijo Sapper.

Momentos más tarde estaban solos.

Las respectivas cadenas les permitían cierta libertad de movimientos, aunque no disponían siquiera de una manta para abrigarse durante las noches, que Sapper estimó debían de ser muy frías. Podían moverse dentro de un semicírculo de cinco o seis metros de radio, pero eso era todo.

La cámara de televisión quedaba fuera de su alcance y situada de tal modo que el objetivo no perdería ninguno de sus movimientos. Podían ver la antena espacial que emitiría las ondas a través de ciento doce millones de kilómetros, hasta el receptor situado en las habitaciones privadas del Procónsul.

Los ojos de Sapper fueron luego hacia las estatuas casi informes que yacían en diversas posturas. Algunas de ellas pertenecían a seres que habían acabado fundiéndose con la roca del muro.

—De modo que así es como vamos a acabar —dijo.

—Tú mismo puedes verlo —contestó Helia—. Aún no se sabe bien cómo se produce el proceso de petrificación, pero la sílice invade el

organismo humano con enorme rapidez y en pocas semanas una persona se convierte en piedra.

—Si pudiéramos soltarnos...

—Lo mismo daría, Tully. Tarde o temprano, aunque huyeses de este paraje, sentirías que tus articulaciones se endurecían poco a poco, hasta quedar privado de movimiento por completo. Durante unos días conservarías la conciencia todavía; luego, tu cerebro se petrificaría igualmente y acabarías por transformarte en una estatua de piedra. Y, al cabo de un tiempo, como sucederá algún día con esos desdichados, incluso tu silueta desaparecerá, fundiéndose por entero con el paisaje.

—Lo mismo que cuando uno es sorprendido por una intensa nevada y cae al suelo agotado e incapaz de defenderse de las bajas temperaturas.

—Exactamente. Lo que sucede es que aquí no cae nieve, sino sílice casi pura.

—La atmósfera es de una gran transparencia —observó él.

—Pero contiene en suspensión infinidad de partículas silíceas, que resultan invisibles a ojo desnudo. Están lloviendo constantemente sobre el cuerpo e infiltrándose en su interior no sólo a través del aparato respiratorio, sino de los poros de la piel. Antes de dos semanas, percibiremos ya los primeros síntomas: dificultad de movimientos sobre todo, dolores en las articulaciones...

Sapper contempló unos instantes a la muchacha. Helia vestía una simple blusa y pantalones cortos. Unas sencillas sandalias completaban su atavío, análogo, por otra parte, al suyo.

—Antes de dos semanas ya estaremos libres —dijo, resuelto.

Y como si quisiera probar sus palabras con los hechos, pegó un terrible tirón a la cadena.

Fue inútil: la cadena resistió.

* * *

Ayudado por un par de serviciales robots, Knut Kielsen se despojó de la escafandra. Apenas había terminado de hacerlo, entró Orchid en la estancia.

—Hola, preciosa —saludó él alegremente.

—¿Cómo va todo por Olympus, Knut? —preguntó la mujer.

—A las mil maravillas. Las cosas han salido exactamente como tú querías.

Los ojos de Orchid brillaron.

—Te mereces una buena recompensa —dijo.

Y le ofreció sus labios.

—Es poco —se quejó el hombre después de besarla.

—Calma, Knut, no seas impaciente. Ya habrá tiempo para más efusiones. Ahora ven a mi despacho; tenemos que hablar.

—Como tú ordenes, querida.

Orchid preparó dos copas. Kielsen tomó un trago de la suya y luego dijo:

—Ah, me había olvidado de ello: nuestro principal enemigo está fuera de combate. Naturalmente, me refiero a Sapper.

—Lástima —suspiró ella—. Hubiera sido un buen colaborador...

—No. Es demasiado escrupuloso. Prefiero saberlo fuera de combate.

—Quizá tengas razón —convino Orchid—. ¿Seguro que no nos molestará ya más?

—Puedes dormir tranquila, querida; ya no oirás hablar más de ese individuo —rió Kielsen.

—Está bien, hablemos ahora de otros asuntos. Knut, tengo un importante personaje en cartera —dijo ella.

—¿Quién es?

—Hadjus Gnorddun.

Kielsen silbó.

—Es el ayudante personal del presidente —dijo.

—Lo sé —sonrió ella—. Eso valora aún más la importancia de la empresa. ¿Sabes por qué lo digo?

—Es costumbre que el ayudante personal del presidente ocupe este puesto cuando su jefe termina los nueve años de mandato.

—Efectivamente, así es. Al presidente le quedan cinco meses; cesará en noviembre y en octubre serán las elecciones. No cabe la menor duda de que, como viene sucediendo desde hace ciento veinte años, el ayudante personal será elegido. Sólo ha habido una excepción, en que el ayudante no fue elegido a causa de un repentino desequilibrio mental, que lo incapacitaba para ocupar el cargo.

—Gnorddun es un sujeto muy equilibrado, Orchid —dijo Kielsen.

—Todavía lo será más cuando llegue a presidente —sonrió ella.

—Pero no será fácil llegar hasta Gnorddun...

—¿Olvidas que dentro de seis semanas se tomará sus vacaciones de verano? Sabemos ya dónde suele pasarlas con sólo dos agentes de escolta. También lleva a la familia, claro, pero el lugar donde pasa sus vacaciones no es precisamente el Capitolio Mundial, sino un chalet en la montaña, al que se puede llegar con facilidad...

—Veo que lo has pensado todo —dijo Kielsen, cuando Orchid hubo terminado de exponer su plan.

—No podemos fallar, Knut; por eso he elaborado el plan hasta en sus menores detalles.

—Ya veo. Sin embargo, yo encuentro todavía un serio inconveniente.

—Si te refieres al doble del futuro presidente, no debes preocuparte, Knut —dijo Orchid, a la vez que alargaba la mano hacia el interruptor de contacto de un televisor.

La pantalla se iluminó. Kielsen pudo ver el cuerpo yacente de un sujeto, cuyo rostro conocía a la perfección.

—Lo tienes ya listo —dijo.

—Así es, dispuesto para actuar en cualquier momento. Pero antes has mencionado un inconveniente...

—Primero, dime, Orchid: ¿Puedes hacerlo tú sola, sin necesidad de otra ayuda que no sea la de los robots?

Orchid volvió a sonreír.

—El doctor Doukestill ha trazado unos planes de trabajo perfectos. Hasta un niño de pocos años podría hacerlo sin más que seguir sus instrucciones —contestó—. Además, hay abundancia de «materiales», con lo que el principal problema ha quedado resuelto.

—Tengo buenos colaboradores, ¿no es así? —dijo Kielsen, vivamente complacido.

—Lo hacen muy bien, en efecto —aprobó Orchid—. Como ves, no hay ningún inconveniente de envergadura.

—Estás equivocada, Orchid.

Ella le miró fijamente.

—Si no te explicas mejor...

Kielsen señalo un interfono:

—Llámalo. —pidió.

Orchid comprendió en el acto las intenciones del recién llegado.

—Aquí, no, Knut —dijo.

—De acuerdo —accedió él—. Vamos a su laboratorio.

Momentos más tarde, entraban ambos en el lugar indicado. Doukestill estaba inclinado sobre una mesa de operaciones, en la que se veía un cuerpo humano, aparentemente dormido.

Kielsen arrugó la nariz.

—¡Qué olor tan desagradable! —se quejó.

—Sí, huele muy mal, en efecto —convino Orchid.

De pronto, Doukestill lanzó una sonora maldición.

—Esto no puede ser, no puede ser —se quejó.

—¿Algún fallo, doctor? —preguntó Orchid.

Doukestill se irguió y se volvió para mirar a los recién llegados.

—Hola, Knut —saludó—. ¿Cómo van las cosas por Olympus?

—No podemos sentirnos mejor, doctor —sonrió Kielsen.

—Todo marcha estupendamente —añadió Orchid, a la vez que daba a su acompañante un codazo disimulado.

Kielsen ya no se lo pensó dos ¿veces. Sacó su pistola disgregadora y apuntó con ella al científico.

—¿Eh, qué diablos va a hacer? —gritó Doukestill, alarmado.

Una sonrisa diabólica apareció en los labios de Kielsen.

—¿No lo ve, doctor? Orchid sabe hacer ya las cosas tan bien como usted, así que no le necesitamos para nada —respondió cínicamente.

—Me van a suprimir, ¿eh?

—Lastimoso, pero necesario —dijo Orchid con frialdad en la voz.

Inesperadamente, Doukestill sonrió.

—¡Qué estupidez, pero qué gran estupidez van a cometer! —exclamó, a la vez que se cruzaba de brazos con gesto lleno de estoicismo.

Orchid empezó a ponerse nerviosa.

—Vamos, Knut, estamos perdiendo el tiempo —dijo.

Kielsen apretó el gatillo. Doukestill no pudo evitar un débil grito de dolor, pero, unos segundos más tarde, se había convertido en un repugnante montón de pasta sanguinolenta.

—Allí hay una manguera, Knut —indicó Orchid.

Kielsen abrió el expulsor de desperdicios, que lanzaba todo lo sobrante al espacio. Primero se llenaba una cavidad y luego de cerrar la compuerta que daba al laboratorio, se abría la que daba directamente al exterior.

Minutos más tarde ya no quedaba el menor rastro del doctor Doukestill.

—Me pregunto qué habrá querido decir con aquello de que era una estupidez —murmuró Kielsen, preocupado.

—Bah, olvídalo —exclamó ella—. A propósito, este tipo que hay ahí es el primer sujeto experimental. Aquí ya no lo necesitamos, Knut.

—Está bien, como tú mandes, hermosa.

Al terminar, la abrazó estrechamente.

—Orchid, el mundo es nuestro —dijo con ojos enfebrecidos.

Los labios de la pareja se confundieron en un ardiente beso. Ninguno de los dos se dio cuenta de que Tom, el robot mayordomo y ayudante principal del doctor Doukestill les contemplaba silenciosamente desde la puerta del laboratorio.

CAPITULO IX

—En medio de todo, hemos tenido suerte —dijo Sapper, poco después de haber hecho unas cuantas fallidas tentativas de arrancar la cadena del encastre a que se hallaba sujeta a la pared rocosa.

—Eres muy optimista. ¿Llamas tener suerte a encontrarnos aquí, propicios a convertirnos en piedra antes de un mes?

Sapper sonrió.

—A lo que parece, en esta región de Silexium no hay un solo vegetal, lo que significa que no hay árboles que den ramas o cañas o algo por el estilo, lo que nos proporcionaría una palanca o bien una herramienta para trabajar y desbastar la roca.

—No tenemos nada más que nuestras manos...

—Parece ser que te olvidas de la inteligencia.

—No la olvido, pero, ¿nos servirá de mucho en este sitio?

—Ahora verás —contestó él.

Sapper se acercó a una de las varillas que sostenían el toldo. Era un tubo hueco de dos metros de altura, cuyo diámetro era de tres centímetros.

Helia empezó a comprender. Sapper agarró una de las varillas y, tras unos momentos de forcejeo, consiguió arrancarla.

—Me lo suponía —dijo, satisfecho, unos momentos más tarde—. La extremidad hundida termina en punta,

Había dos varillas solamente, ya que la pared proporcionaba los otros dos puntos de apoyo al toldo. De repente, Helia se sintió asaltada por un sentimiento de aprensión.

—¡Tully! Te has olvidado de la cámara de televisión —exclamó.

—Es posible que nos vean, en efecto, pero antes de que envíen una astronave ya habremos desaparecido de aquí.

—¿Lo crees así? Yo no veo ningún sitio donde escondernos...

Sapper hizo un gesto de resignación.

—¿Qué pecado habré cometido yo para merecer el castigo de estar junto a una mujer que no conoce el optimismo? —se lamentó.

Helia se sonrojó vivamente. Sapper atacaba ya la roca que había en torno a la anilla que sujetaba su cadena.

Fue una labor lenta y tediosa. La anilla, a su vez, estaba sujeta a un clavo que penetraba casi veinte centímetros en la roca, con irregularidades en su superficie, para hacer más difícil una posible extracción. Pero los brazos de Sapper se movían con la regularidad de los pistones de una máquina de vapor, desbastando la roca milímetro a milímetro.

El calor era sofocante. De cuando en cuando, Helia tomaba un vaso de agua de la dispensadora y daba a beber a Sapper la mitad. El resto lo derramaba sobre su cabeza, a fin de refrescarle.

La tarea duró día y medio y necesitaron emplear la segunda varilla, pues la punta de la primera se había desgastado, hasta hacerse roma por completo. Cuando esto sucedió con la segunda varilla, Sapper empleó el clavo que sujetaba su cadena para liberar a Helia.

Tres días más tarde, estaban libres, aunque no de los cinturones metálicos y de las cadenas, de los que no se habían podido desprender.

—¿Y ahora? —dijo Helia, una vez tuvo libertad de movimientos.

Sapper sonrió sibilinamente. Se enrolló la cadena en torno al cuerpo y luego se inclinó para coger unas cuantas piedras.

—Voy a darme el gusto de apedrear esa maldita cámara de televisión —dijo—. Estás invitada, Helia.

Ella también lanzó unas cuantas piedras, aunque no tardó en comprender lo fútil de su gesto.

—Esto no nos ha servido de nada, Tully —dijo.

—Nos ha desahogado, que no es poco —contestó él—. Y ya no podemos perder tiempo, así que vamos a emprender la marcha, después, naturalmente, de habernos aprovisionado de agua y víveres adecuadamente.

—Las tabletas alimenticias son sólidas y se pueden llevar en la mano, pero el agua...

—Harías un mal náufrago en una isla desierta, Helia —sonrió Sapper —. Mi buen amigo Messala, o el «hubot» que desempeña su papel, nos ha dejado materiales suficientes para hacer un odre. Y también dos cubrecabezas, cosa muy importante para caminar de día y bajo el sol.

La tela del toldo medía dos metros de lado y era de material impermeable. Sapper rasgó dos trozos, con los que hizo una especie de rústicos pañuelos, prolongados en sendas cogoteras, para proteger la nuca. Helia se sintió mucho mejor una vez se hubo puesto el pañuelo sobre la cabeza.

—Debo de estar hecha una facha —dijo, riendo nerviosamente.

—El aspecto personal importa poco ahora —contestó Sapper, sin dejar de trabajar con el resto de la tela—. La utilidad es lo que interesa.

—Sí, eso es cierto —convino la muchacha.

Todavía quedaban casi tres metros cuadrados de tela. Sapper hizo un pequeño saquete para llevar las provisiones. Luego empezó a trabajar en el odre.

Lo único que podía hacer era recortar a tirones un cuadrado de tela y unir las cuatro puntas. Helia sintió una viva admiración por aquel hombre, que no se arredraba ni en las más adversas circunstancias.

—Yo llevaré las provisiones —dijo él, una vez terminó el improvisado recipiente—. En cuanto al odre, tendremos que transportarlo por medio de una varilla, cuyos extremos irán sobre nuestros hombros.

—Sí, ya comprendo. Pero ¿cómo lo llenaremos?

—No hay más que una solución: vaso tras vaso.

Sapper colocó en un hueco de la roca uno de los extremos de la varilla que pensaba emplear. El otro quedó apoyado sobre su hombro.

—Empieza, Helia —indicó.

No había más solución, se resignó la muchacha. La máquina sólo proporcionaba un vaso de agua a cada tirón de la palanca correspondiente. Pero adelantó algo de tiempo llenando dos sucesivamente y vaciándolos luego a la vez en el odre.

—El Procónsul cometió un error —dijo Sapper, mientras ella hacía viajes continuamente—. Debió haber instalado una dispensadora con horario fijo.

—Eso nos hubiera impedido aprovisionarnos, ¿verdad?

—Imagínate lo que nos hubiera pasado con una máquina que sólo suministrase agua y comida a horas fijas.

Incansable, ya más animada, porque, a pesar de las dificultades que todavía les aguardaban, se sentía ya libre, Helia llevó vaso tras vaso, hasta que, por el número de ellos, Sapper juzgó que ya disponían de una reserva de agua de unos veinte o veinticinco litros.

—Suficiente —dijo—. Ahora nos tomaremos unos buenos sorbos de líquido e inmediatamente empezaremos a andar.

—¿Hacia dónde, Tully?

—Hacia el Norte —contestó él resueltamente—. Tiene que haber mejores tierras en lugares donde la temperatura es menos elevada. Allí encontraremos el modo de salvarnos definitivamente.

Ella le miró con fijeza.

—Pero tal vez nos quedemos en Silexium para siempre —dijo.

—En tal caso, aprenderás por propia experiencia cómo viven dos náufragos en una isla desierta.

No era una perspectiva muy alentadora, pero peor era continuar en aquel lugar hasta convertirse en piedra, se dijo ella, para consolarse de la respuesta de Sapper.

* * *

La cámara de televisión recogió puntualmente las imágenes y las envió al receptor de televisión. El semihumano que ocupaba el puesto de Messala lanzó un rugido de furia.

Segundos más tarde, la imagen desapareció por completo del televisor. Messala comprendió que la cámara instalada en Silexium había sido destruida.

Hasta entonces había estado sentado. Se puso en pie y se dirigió a una pequeña habitación, en uno de cuyos lados había un inofensivo estante lleno de libros.

Messala pulsó un motón. La librería entera giró a un lado.

Un transmisor de radio espacial quedó al descubierto. Messala dio el contacto y agarró el micrófono.

A cientos de millones de kilómetros de distancia, un gong sonó suavemente varias veces. Orchid y Kielsen estaban cenando, servidos por el robot.

—Tom, ve a ver quién llama —indicó la mujer.

—Sí, señora.

El robot volvió a los pocos momentos con la información requerida:

—Señora, es el Procónsul de Olympus —dijo.

Orchid se puso en pie con un gesto de disgusto.

—¿Qué le pasará ahora a ese imbécil? —exclamó, muy irritada.

Kielsen se limpió los labios con la servilleta y siguió a Orchid. Momentos después, se encontraban en la sala de control.

Había casi ciento cincuenta lámparas encendidas en color verde. Una de ellas, sin embargo, titilaba en ámbar.

Kielsen graduó las frecuencias y agarró el micrófono.

—Centro de Control, adelante —dijo.

—Señor Kielsen, los condenados han escapado —exclamó Messala, muy apurado.

—¿Qué condenados? —preguntó Orchid.

Kielsen adivinó lo sucedido sin necesidad de más preguntas.

—¿Cómo ha sido eso, Messala? —quiso saber.

—Usaron uno de los palos del sombrajo para desgastar la roca que estaba sujeta la anilla, señor. Luego rompieron a pedradas la cámara de televisión que me informaba de sus movimientos...

—Estúpido, mil veces estúpido —le apostrofó Orchid, colérica—. ¿Cómo no supiste evitarlo antes de que fuese demasiado tarde?

Kielsen extendió una mano.

—Tal vez la culpa sea mía, por no haberlos ejecutado en el acto —intervino en favor del desmoralizado Procónsul—. Pero eso puede tener remedio todavía, Messala.

—Sí, señor —contestó apresuradamente el aludido.

—Envíe una nave inmediatamente. Esta vez no quiero fracasos ni demoras. Mátenlos apenas los divisen.

—Sí, señor; encargaré al coronel Hwin...

—¡Buena idea! —aprobó Kielsen—. Llame en cuanto tenga noticias satisfactorias, Messala.

—Sí, señor.

Kielsen cerró la comunicación y se volvió sonriendo hacia la mujer.

—Como has podido apreciar por ti misma, un incidente sin importancia —dijo.

—Así lo espero —respondió ella, secamente.

Conocía bien a Sapper y sabía que, teniéndolo a su lado, no hubiese cometido tantos fallos. Pero, por la misma razón, no ignoraba tampoco que Sapper era un hombre fundamentalmente honesto y que jamás se habría prestado a una serie de acciones como las que había realizado.

Tom, el robot, entró de pronto en el cuarto de control.

—Señora, acaba de llegar una astronave —informó—. Está pilotada por Jess Herveil.

—¡El buen Jess! —exclamó Kielsen, vivamente satisfecho—. Vamos a ver qué piezas ha cobrado.

Minutos más tarde, tres o cuatro individuos entraban en la esclusa de acceso empujando dos camillas con ruedas, sobre las que descansaban sendos cuerpos humanos, cubiertos con escafandras de vacío.

Los recién llegados se despojaron de sus trajes espaciales y luego hicieron lo mismo con los dos hombres que yacían en las camillas.

—¿Qué le parece, jefe? —preguntó Herveil, satisfecho.

Kielsen sonrió también.

—Buenas piezas, Jess —elogió—. ¡Tom! —llamó.

—¿Señor? —contestó el robot.

—Lleva a estos dos hombres al laboratorio. Examínalos para ver si necesitan alimentos y practícales las radiografías y pruebas de costumbre.

—Bien, señor.

Kielsen dio una palmada en el hombro a Herveil.

—Buena labor, Jess —exclamó—. ¿Quieres venir a tomar una copa con nosotros?

—Con mucho gusto, jefe.

—¿Fue difícil? —preguntó Orchid.

—Oh, en absoluto. Estamos ya muy entrenados —rió Herveil, cínicamente.

La camilla que contenía el cuerpo de Gnorddun, el ayudante personal del presidente, desfiló por delante de la pareja. Orchid no pudo menos de sentir un estremecimiento de placer al pensar que un día no lejano podría dar órdenes al mismísimo presidente mundial.

CAPITULO X

Mientras Sapper amontonaba las piedras, Helia sostenía con el hombro el palo metálico del que pendía el odre. El otro extremo estaba apoyado sobre una roca, de una altura aproximada a la suya.

Momentos más tarde, pudieron colocar los dos extremos de la varilla en sendos montones de roca. De este modo, el odre quedaba siempre suspendido. , Pero el recipiente mostraba una flaccidez alarmante y todavía no habían encontrado señales de vida vegetal. Llevaban casi dos semanas caminando sin parar y apenas si les quedaban raciones para tres o cuatro oías.

La situación se tornaba desesperada. Anochecía ya y ambos se sentían enormemente fatigados.

—No sé qué daría por un buen baño en un riachuelo, a la sombra de los árboles... —dijo Sapper, lamiéndose los labios agrietados.

—Calla, por favor —rogó la muchacha, con voz crispada—. Me pongo enferma sólo de pensar que existen lugares semejantes y que no los podemos disfrutar... Y quizá nunca podamos disfrutarlos —agregó, llena de pesimismo.

La varilla con el odre quedó colocada sobre los dos montones de piedras. Por medio de uno de los vasos que se habían llevado, Sapper sirvió la ración de agua de la tarde.

—Mañana, media ración —anunció, después de haberle dado el vaso a la muchacha.

Helia asintió en silencio. Mientras bebía el agua a pequeños sorbos, Sapper contempló el lúgubre paisaje que se extendía en todas direcciones.

Era una inmensa llanura, pelada, sin un árbol ni una mata en cuanto alcanzaba la vista. Sapper había conocido regiones desérticas de otros

planetas, pero ninguna podía compararse ni de lejos con aquella en que se movían.

Estaban cansados y se tendieron en el suelo inmediatamente. Pasada la medianoche, Sapper despertó a Helia.

—Tenemos que continuar —dijo.

—Estoy muy cansada —se quejó ella.

Sapper comprendió lo que le sucedía a la muchacha. Arrodillándose a su lado, le dio masaje en las piernas, cosa que ella agradeció vivamente. Al cabo de un rato, Helia anunció que se sentía mucho mejor.

—Entonces, sigamos —dijo—. Hemos de caminar todo cuanto nos sea posible antes de que el sol apriete demasiado.

—Espero tener la suerte de ayer —sonrió Helia—. Aquella barranca que encontramos nos dio sombra durante el descanso.

—Encontraremos otra grieta, tenlo por seguro.

Durante la mayor parte de las horas de luz, tenían que hacer alto, debido a que la marcha se hacía literalmente imposible. Antes de detenerse, Sapper buscaba siempre algún accidente del terreno que les proporcionara sombra.

Caminaron nuevamente. Sapper se guiaba por las estrellas, cuyo sector galáctico conocía a la perfección. En aquella región. Vega señalaba el Norte de una manera casi absoluta.

Poco antes de amanecer, hicieron un pequeño alto para descansar y tomar algún alimento, así como medio vaso de agua. Mientras reponían fuerzas, Helia dijo que dudaba mucho de que algún día encontrasen .vegetación.

—La encontraremos —aseguró Sapper, firmemente convencido de lo

que decía.

—Supongo que en alguna razón basarás tu optimismo —dijo ella.

—Claro que sí. Hay oxígeno y éste necesita tanto de las plantas como las plantas del oxígeno. Silexium es un planeta de tamaño similar a la Tierra. La circunferencia de la Tierra mide cuarenta mil kilómetros. Nosotros no hemos cubierto ni trescientos en todos estos días. Ahora haz tú misma las deducciones pertinentes.

—Pero la sílice que se desprende del suelo en partículas microscópicas...

—A mi entender, se trata de algún desequilibrio en la cohesión molecular del silicio, principal elemento de la sílice. Ignoro las causas, no soy el más autorizado para emitir una opinión al respecto; pero estamos respirando normalmente, sin escafandra auxiliar. Insisto, donde hay oxígeno, tarde o temprano se encuentran vegetales.

—Y donde hay vegetales hay agua.

—Exactamente. —Sapper hizo un gesto—. Vamos, ya hornos descansado bastante. Tenemos todavía dos horas de marcha, antes de que nos detengamos para acampar.

Helia se puso en pie. Alargó una mano para coger el extremo de la varilla en la que transportaban el odre, pero, de repente, lanzó un grito, a la vez que se quedaba quieta:

—¡Tully! ¡La sílice! Ya empieza a invadir mi cuerpo —dijo, angustiadamente—. Apenas puedo mover mi brazo derecho...

* * *

Sapper dejó el odre de modo que no se derramase la poca agua que todavía contenía y luego se acercó a la muchacha.

—¿No puedes moverte nada? —preguntó.

Había lágrimas en los ojos de Helia!

—Me cuesta mucho —respondió—. Siento un extraño envaramiento en los músculos...

Sapper la sujetó por el otro brazo.

—Flexiona las piernas, alternativamente —indicó.

Ella lo hizo así varias veces.

—Por ahora, no encuentro dificultades —contestó.

—Escucha —dijo él—. Caminarás mientras puedas. Cuando veas que te cuesta mover las piernas, avísame; yo te llevaré a horcajadas sobre mis hombros y tú llevarás el odre. ¿Entendido?

—Sí, pero la sílice irá invadiendo progresivamente mi cuerpo...

—Si tenemos la suerte de encontrar una corriente de agua, podré curarte —aseguró él—. ¡Vamos!

Reanudaron la marcha. Mientras caminaban, Helia hacía ejercicios con el brazo afectado, lo cual, de momento, parecía aliviarla. Pero en cuanto lo dejaba inmóvil, notaba luego más dificultades para realizar el menor movimiento.

De súbito, cuando ya era de día, oyeron un agudo silbido. No lejos de ellos se produjo una estruendosa explosión.

—Al suelo, Helia —gritó Sapper.

La muchacha obedeció sin vacilar. Pero se lanzó con demasiada precipitación y el agua que había en el odre se salió por completo, derramándose sobre el suelo.

Otro estampido sonó, más cerca que el anterior. Sapper levantó la cabeza y divisó una astronave que evolucionaba sobre ellos, a unos trescientos metros de altura.

A pesar de la distancia, pudo distinguir las insignias del Proconsulado de Olympus. Ya no le cupo duda alguna acerca de las intenciones de los tripulantes de aquella nave.

Helia lloraba.

—Oh, Tully, se ha vertido toda el agua...

A Sapper el agua le importaba muy poco en aquellos momentos. Presentía que antes de medio minuto ya no iban a necesitar más agua.

El tercer proyectil estalló sólo a cincuenta metros. Trozos de roca volaron por los aires, silbando siniestramente. Sapper pensó que tal vez los tripulantes de la astronave querían divertirse a costa de ellos, simulando una inexistente mala puntería.

De repente, Sapper vio a lo lejos una delgadísima raya blanca que se acercaba con fulgurante rapidez a la astronave. Hubo un terrible chispazo, un espantoso trueno y luego, la nave atacante, con un enorme boquete en uno de sus costados, cayó, estrellándose contra el suelo con terrible fragor.

Sapper se puso en pie. Creía soñar.

—Nos hemos salvado —dijo.

Helia se incorporó un tanto. Otra nave se acercaba ahora.

Segundos más tarde, vieron que se disponía a tomar tierra. A Helia le parecía estar soñando.

—Estamos salvados..., salvados... —reía y lloraba a un tiempo.

Una compuerta se abrió en uno de los costados de la nave. Varios sujetos, vestidos con extraños uniformes, salieron y caminaron hacia la pareja.

Uno de ellos, alto, distinguido, se presentó de inmediato:

—Soy el capitán Wexir, de las Patrullas Espaciales de la Séptima Liga Planetaria. ¿Qué hacen ustedes aquí?

—Nos desterraron de Olympus por opinar de diferente modo que su Procónsul. Yo soy Tully Sapper. Ella es Helia Dunn, capitán— respondió el joven.

—Su llegada ha sido muy oportuna, señor —dijo Helia—. Agradecemos infinito lo que ha hecho por salvarnos.

—Silexium pertenece a la Séptima Liga —declaró Wexir—. Esto es algo que saben de sobra en Olympus. No les hubiéramos hecho nada, salvo obligarles a abandonar territorio ajeno, pero vimos que disparaban contra dos personas desarmadas y por ello decidí castigar su insolencia.

—Le damos las gracias, capitán —dijo Sapper—. Ahora, complete su buena obra llevándonos a un lugar con mucha agua. Esta pobre muchacha ha sido atacada ya por la petrificación.

Wexir frunció el ceño.

—Desde aquí a la zona de vegetación hay más de novecientos kilómetros —declaró—. No hubieran llegado vivos, se lo aseguro.

—No me lo jure —suspiró Sapper—. Hemos tenido suerte al encontrarles a ustedes...; perdón, al ser hallados por ustedes.

—Todo se debe a que nuestros detectores señalaron la presencia de una nave extraña —sonrió Wexir—. Y a la casualidad, que nos hizo estar patrullando por este sector en el momento adecuado.

De pronto, miró a la muchacha.

—De modo que su organismo... —añadió, sin atreverse a completar la frase.

—Sí, estoy destinada a convertirme en piedra —confirmó Helia,

amargamente.

—Yo tengo el remedio para curarla, con su ayuda, capitán, por supuesto —dijo Sapper.

—Muy interesante —comentó Wexir—. Y, ¿cuál es ese remedio? Porque yo he oído siempre que la petrificación, una vez iniciada, es un proceso irreversible.

—Respecto a ello, tengo mis propias teorías, capitán —insistió Sapper —. Sólo necesito que nos lleve usted a un sitio con agua abundante, un arroyo, si puede ser mejor que un lago o un río de aguas mansas.

—Un arroyo de corriente relativamente rápida.

—Exacto, capitán.

Wexir se volvió hacia los hombres que le acompañaban. Dio una orden y dos de ellos se ocuparon inmediatamente de la muchacha, llevándola en brazos hasta la astronave. Momentos después, el aparato alzaba el vuelo y abandonaba el suelo, en el que sólo se veían unos restos humeantes de la orgullosa nave del Proconsulado.

* * *

Sentada en el lecho del arroyo, Helia disfrutaba sintiendo en torno a su cuerpo la caricia de la corriente líquida, fresca y transparente, bajo la sombra de los árboles. De cuando en cuando, se tendía por completo y sumergía la cabeza bajo el agua, manteniéndola así hasta que le faltaba la respiración.

Una de las veces, al sacar la cabeza fuera del agua, vio a Sapper acuclillado a dos pasos de distancia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Mucho mejor —sonrió Helia.

Sapper le entregó una jarra.

—Llénala y bebe —indicó.

—Oh, Tully, hace media hora bebí casi un litro...

—Ahora beberás otro tanto —dijo él, implacable—. Luego te daré de comer algo sólido y sustancioso que te proporcione calorías. Pero tienes que beber.

Helia llenó la jarra y se la llevó a los labios. Después de un largo trago, miró al hombre y sonrió.

—Empiezo a echar de menos el calor del desierto —dijo—. Y casi odio el agua...

—El agua te salvará —aseguró él—. No sólo entra en tu cuerpo por los poros, sino que, bebiendo en grandes cantidades, los riñones cumplirán su papel de filtro.

—Y luego tendrán que operarme de cálculos renales.

—Siempre será mejor que morir de sed. Pero la sílice ha entrado en tu cuerpo en estado cuasi molecular y el agua la arrastrará tarde o temprano. Un tratamiento de curandero, pero eficaz.

Wexir llegó en aquel momento.

—¿Cómo va la paciente? —preguntó.

—Mejor. —Helia sacó el brazo derecho fuera del agua y lo agitó varias veces—. Puedo moverlo ya casi con normalidad, capitán.

—Sapper, a mí no se me hubiera ocurrido una solución semejante, lo confieso —declaró el oficial.

—Pensé que no había droga que curase la petrificación; por lo menos, yo no había oído hablar de nada semejante. Por tanto, un tratamiento hidroterápico podía dar resultado.

—Y lo está dando —dijo Wexir—. Lo haré constar así en mi informe.

Ah, a propósito: la comida está lista.

—Capitán, ya que es tan amable, tenga la bondad de ordenar a uno de sus hombres que traiga las raciones de Helia —pidió Sapper.

—¿Cómo? ¿Ni siquiera para comer voy a salir del agua?

Sapper sonrió, a la vez que hacía un signo negativo con la cabeza.

—Ahí seguirás hasta la noche —dijo.

—Pero agarraré un constipado...

—Toserás y estornudarás y ello contribuirá también a limpiar tus pulmones. De todas formas, si notas una baja excesiva en la temperatura de tu cuerpo, sal del agua y tiéndete al sol un rato. El proceso de petrificación ha sido detenido ya y ahora sólo interesa eliminar la sílice de tu organismo, cosa que, como puedes comprender, no corre demasiada prisa.

—Pero hay otras cosas que sí corren prisa, Tully —dijo Helia, intencionadamente.

—Sé a lo que te refieres —contestó él—. Sin embargo, ése es un asunto que puede esperar.

Sapper abandonó a la muchacha y se reunió con Wexir. Mientras comían, Sapper formuló una petición.

Wexir le miró sorprendido.

—Es algo irregular, pero lo haré —dijo.

—Gracias, capitán. Puede informar en ese sentido a sus superiores, si así lo cree oportuno. Es más, yo pienso que es conveniente. En todo caso, la Liga Terrestre abonará en su día los gastos que acarree la petición que le he formulado.

—No lo dudo —sonrió Wexir—. Pero, realmente, ¿cree usted que esa

gente...?

—Si consiguieran sus propósitos, como, casi podría decirse, los han conseguido ya, ¿qué les impediría extender su campo de acción a la Séptima Liga Planetaria? —respondió Sapper.

Wexir se quedó muy pensativo. Sapper le había relatado lo que sucedía y el oficial se había sentido notablemente impresionado al conocer las intenciones de aquellos individuos que trataban de colocar a semirrobots que obedeciesen dócilmente sus órdenes en lugar de las personas que actualmente ocupaban puestos de gran responsabilidad.

—Visto el panorama, no me extrañaría en absoluto que un día tratasen de intentarlo también con nosotros —dijo Wexir al cabo—. Por esa razón le ayudaré en la medida de mis fuerzas, Sapper.

El terrestre inclinó ligeramente la cabeza.

—Una razón más para sentirnos doblemente agradecidos a usted, capitán —contestó.

CAPITULO XI

La nave de Wexir alzó el vuelo. Helia lanzó un agudo grito:

—¡Tully, se marchan! ¡Nos abandonan en Silexium!

Sapper surgió de la espesura, llevando en la mano un animal parecido al conejo terrestre.

—No tiene importancia, Helia —contestó.

—Pero...

—Ven —sonrió Sapper, a la vez que dejaba el roedor en el suelo—. Luego lo asaremos y, en cuanto nos lo hayamos comido, zarparemos rumbo a Olympus.

Helia siguió a Sapper, muy intrigada. Un poco más allá, al otro lado de unos arbustos de gran tamaño, divisó un objeto ahusado y brillante, con una cúpula encristalada en su parte superior.

—¡Un bote salvavidas! —exclamó.

—Así es. El capitán Wexir ha sido muy amable al cedérnoslo.

—Oh, ahora me siento mucho más tranquila —dijo Helia—. Creí que Wexir consideraba suficiente habernos sacado del desierto...

—Wexir conoce toda la verdad de lo que pasa y se ha mostrado conforme en las hipótesis que yo formulé al respecto.

—¿A qué hipótesis te refieres, Tully? —preguntó la muchacha.

—Simplemente, una vez se hayan convertido en los dueños de la Liga Terrestre, por los medios que ya conoces, querrán ser también los dueños de la Séptima Liga.

—Si lo consiguieran, se convertirían en los amos de una vasta región

galáctica, Tully.

—Tienen una ambición sin límites, Helia. Sería terrible que llegasen a consumar sus planes.

—Pero ¿cómo los realizan? ¿Dónde fabrican esos horribles seres, mitad humanos, mitad robots?

Sapper pasó una mano por encima de los hombros de la muchacha y la empujó suavemente hacia el campamento.

—Eso es, precisamente, lo que vamos a tratar de averiguar, apenas estemos en Olympus —contestó.

—Se enterarán de nuestra llegada...

—¿En un salvavidas espacial? —rió él—. No, a menos que pongamos en marcha la radio de señales de socorro, cosa que, naturalmente, no vamos a hacer.

Al llegar al campamento, Sapper se acuclilló y empezó a despellejar la presa capturada poco antes.

—Sería conveniente que empezases a reunir ramas para encender una buena hoguera —indicó a la muchacha—. Pronto hemos de actuar y nos conviene reponer fuerzas.

* * *

—Me pregunto si el «hubot» que ocupa el puesto de Messala estará ya enterado de nuestro salvamento —cuchicheó Helia al oído de Sapper, mientras contemplaban la silueta de la ciudadela, acurrucados entre la espesura del parque que la circundaba.

—Es probable que crean que hemos muerto —contestó él en el mismo tono de voz—. Quizá el comandante de la nave que nos atacó informó que nos había localizado y que pasaba al ataque. Eso basta para darnos por muertos.

—Pero esa nave no regresó...

—A veces se sufren accidentes impensadamente.

Era una posibilidad digna de tenerse en cuenta, pensó Helia. Pero no pudo seguir con sus reflexiones, porque, de repente, Sapper tiró de ella hacia adelante.

Momentos después, se hallaban al pie de la terraza que daba a las habitaciones privadas del Procónsul. Helia se sintió repentinamente aprensiva.

—¿Y si nos están esperando arriba? —murmuró.

—Todo lo contrario —dijo él confiadamente—. Lo que menos se esperan esos granujas es tenernos precisamente aquí.

—Me pregunto qué habrá sido de tu amigo Messala, Tully —dijo la muchacha.

Las facciones de Sapper se contrajeron súbitamente.

—Sólo han podido hacer una cosa con él —respondió.

—Matarlo —se estremeció Helia.

Sapper asintió en silencio.

—Pero eso significa que muchos más han sido asesinados...

—Calla —dijo él de pronto—. Prepárate a subir arriba como la otra vez.

De pronto, Sapper echó a correr y saltó para agarrarse a la parte inferior de la balaustrada. Helia le siguió instantes después.

Sapper esperó a que Helia hubiera pasado a la terraza. Luego la siguió hasta llegar a la vidriera.

—No está —dijo ella.

Sapper hizo correr a un lado uno de los paneles de vidrio.

—Es muy tarde —contestó—. Tal vez esté durmiendo.

—¿Dormir? ¿Un robot?

—No es totalmente un robot, y aunque su cerebro, posiblemente, no necesita descanso, sus músculos y demás órganos corporales sí lo necesitan. Y, por otra parte, recuérdalo, tiene que desempeñar fielmente el papel del Procónsul.

—Messala dormía —reconoció Helia.

Cruzaron la sala y se acercaron a una puerta. Sapper escuchó unos momentos y luego la abrió en silencio.

Había un hombre tendido sobre un lujoso lecho con dosel. Apenas hubo abierto Sapper la puerta, Helia arrugó la nariz.

—¡Qué olor tan espantoso! —se quejó—. Parece...

Pero no se atrevió a completar la frase. A Sapper también le extrañó el olor que había en el dormitorio.

En un principio creyó encontrarse con el cadáver de su amigo, conservado allí sin precauciones. Era un pensamiento disparatado, reconoció a los pocos segundos.

El hombre que yacía sobre el lecho respiraba regularmente. Sapper dio la luz y el «hubot» abrió los ojos.

—Hola, Procónsul —saludó Sapper.

Messala se sentó de golpe en el lecho.

—No puede ser... Tenían que estar muertos... —dijo, incrédulamente.

—Hemos salvado el pellejo —rió Sapper.

De pronto, Messala alargó la mano hacia una mesilla de noche. Sapper fue más rápido y alcanzó antes que el «hubot» la pistola disgregadora.

—Quédate quieto y no te muevas —ordenó el joven, perentoriamente —. Un solo gesto y dejarás de ser un semihumano.

Messala hizo una mueca.

—De modo que lo sabes ya —dijo.

* * *

—Lo que no sé es lo que fue de mi amigo —manifestó Sapper.

Messala se encogió de hombros.

—Tampoco lo sé yo —respondió.

—Entonces, reconoces que no eres él.

—¿De qué serviría negarlo? No obstante, ¿quién podría demostrar que yo no soy Quinto Fulvio Messala, Procónsul de Olympus?

—Cualquiera que te levantase la tapa de los sesos y encontrase un cerebro electrónico en lugar de uno natural —dijo Sapper.

Messala rió despreciativamente.

—No hay nadie que se atreva a hacer nada semejante al Procónsul —respondió, desafiador.

—Es evidente que tu cuerpo es muy parecido al de mi amigo —dijo Sapper—. ¿Dónde hicieron el... el cambio?

—No lo sé. Todo lo que recuerdo es que me encontré aquí, con la memoria de Messala.

—Y sus facciones —añadió Helia.

—Por supuesto —admitió el «hubot»—. De otro modo, la suplantación no habría resultado efectiva.

—Una cosa es evidente —dijo la muchacha—. En el cerebro artificial de este individuo se grabaron todas las vivencias de Messala. Quizá omitieron algunos detalles, pero no los juzgaron de importancia.

—Sobre eso no cabe duda alguna —concordó Sapper—. Pero lo que me interesaría es saber el lugar exacto donde está el laboratorio en que se prefabrican estos monstruos.

—Ya te digo que no recuerdo...

Sapper levantó una mano para interrumpir al «hubot». —Estoy seguro que te comunicas con ellos, quienesquiera que sean —dijo—. ¿Cómo lo haces?

Messala apretó los labios.

—No quiere contestar —adivinó Helia.

Sapper apuntó al «hubot» con su pistola.

—¿Tienes miedo a morir? —preguntó.

Helia extendió su mano de repente.

—Aguarda un momento —pidió—. Messala, creo que tú ya estás muerto.

El «hubot» se echó a reír.

—¿Muerto yo? No digas estupideces, hermosa —exclamó.

—¿Comes y bebes normalmente? —preguntó ella.

—¡Pues claro que sí...!

—Pero ¿notas sabor en los alimentos? ¿Percibes el olor de un buen asado?

Messala frunció el ceño.

—¿Adónde vas a parar? —inquirió, muy nervioso.

—¿Te funciona la pituitaria? —siguió Helia, impasible.

—He de admitir que no capto los olores y... Bueno, en cuanto a la comida..., tampoco me interesa demasiado el sabor de los alimentos. El caso es que me llenen la tripa.

Helia se volvió hacia Sapper.

—La que me suponía —dijo.

—¿Sí, preciosa? —sonrió él.

—En cierto modo, le pasa lo mismo que a las personas que tienen mal aliento: lo huelen los otros, pero ellos no. Sin embargo, el caso de Messala es diferente, porque a él no le funciona la glándula pituitaria.

—¿Y por qué diablos no me funciona esa condenada glándula? —preguntó el «hubot», malhumoradamente.

—Con toda seguridad, a causa de una deficiente conexión de los nervios que la activan con tu cerebro artificial —respondió Helia, sin pestañear.

—Bueno, bueno, en todo caso, no es un defecto demasiado importante —dijo Messala, con despreocupación—. Claro que así no puedo oler el aroma de las flores o de una buena colonia...

—Ni tampoco puedes captar el olor de la carne corrompida.

Messala pegó un tremendo salto de sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —gritó—. ¡Contesta, pronto, te lo exijo!

—Sencillamente, *te estás pudriendo vivo* —declaró Helia, con dramático acento.

CAPITULO XII

Messala miraba alternativamente a sus dos visitantes, con los ojos dilatados, casi fuera de las órbitas, y la boca abierta de par en par.

—No puede ser..., no puede ser —gimió, repentinamente—. Yo estoy vivo, no me corrompo...

De súbito, pegó un tremendo salto y se arrojó contra Sapper, intentando arrebatarle la pistola. El joven, sorprendido, estuvo a punto de ceder, pero reaccionó rápidamente y golpeó con fuerza la mandíbula de su adversario.

Messala se desplomó fulminado. Esta vez, sin embargo, no se le levantó la tapa del cráneo.

—Indudablemente, la han reforzado —opinó Sapper, arrodillado junto al caído. Se frotó la mandíbula y añadió—: ¿Cómo podríamos comprobar la hipótesis de la corrupción en vida?

—Muy sencillo: tomando una muestra de su epidermis —respondió Helia.

—Un análisis clínico, ¿eh?

—Efectivamente.

—¿Conoces tú a alguien de toda confianza que pueda hacerlo? —preguntó Sapper.

—El doctor Vyrns es un excelente amigo mío y de mi familia, Tully.

Sapper se puso en pie de un salto.

—Yo también tenía un buen amigo y era algo anticuado en ciertos aspectos —dijo—. Por ejemplo, nunca usaba maquinilla eléctrica para afeitarse.

Con paso resuelto, Sapper se dirigió al contiguo cuarto de baño, en el que encontró todos los útiles de aseo que habían pertenecido al Procónsul. Además de una navaja de afeitar, regresó llevando consigo desinfectante y un tubo de pasta regenerativa y antihemorrágica.

Arrodillado junto al «hubot», limpió primero una zona del brazo izquierdo, entre el codo y el hombro. Luego practicó una incisión de casi un centímetro de profundidad por dos de ancho y cuatro de longitud.

El trozo de piel salió con la ayuda de unas pinzas. Helia observó preocupadamente la escasez de sangre que había originado aquella improvisada operación quirúrgica.

—En su estado, es lógico —dijo Sapper, mientras tapaba la herida con la pasta regenerativa.

El trozo de piel fue a parar a un frasquito, que tapó cuidadosamente. Una vez hubo terminado, entregó el frasco a Helia.

—Tú te preocuparás de ver al doctor Vyrns —dijo.

—Sí, Tully, pero... ¿qué harás tú mientras? —quiso saber ella.

—¿Recuerdas que encontramos en una agenda ciertas coordenadas que no conseguimos identificar?

—Sí, es cierto, Tully.

—Todavía me quedan otros amigos en Olympus, entre ellos un coronel de Estado Mayor de la Astronáutica. Ese coronel puede disponer de las mejores cartas estelares que existen en estos momentos.

—De acuerdo. Yo iré a visitar al doctor Vyrns. Nos reuniremos en mi casa. ¿Sabes dónde es?

Sapper esbozó una sonrisa.

—Es algo que no me has dicho hasta ahora —contestó.

* * *

Con gesto preocupado, Sapper contempló la carta estelar, reflejada en la inmensa pantalla que cubría una de las paredes de la estancia. A su lado, el coronel Pacquard manejaba la computadora identificadora de coordenadas.

Un círculo anaranjado, oscilante en intensidad luminosa, se hizo visible de pronto en la pantalla. Pacquard manejó una tecla y la imagen fue sustituida por otra, aumento de la anterior a cincuenta veces su tamaño natural.

—Ya no hay duda —dijo el coronel—. Es el asteroide Epphary-5, situado a trescientos veintisiete millones de kilómetros de Olympus.

—Epphary-5 —repitió Sapper, pensativamente—. Jamás había oído mencionar ese nombre.

—Oh, es un pedrusco que flota en el espacio, cuya dimensión mayor no sobrepasa los treinta kilómetros.

—¿Pertenece a la Liga Terrestre?

—Por supuesto, Tully.

—Quizá tengas ahí alguna nota en tus archivos referente a una posible compra del asteroide por... por alguien —indicó Sapper—. Tengo entendido que es legal comprar un asteroide. Algunos lo hacen para explotar sus yacimientos de minerales.

—Ciertamente— convino Pacquard—. En seguida lo sabremos.

Pacquard se fue al otro lado de la estancia, en donde había una consola con teclado. Escribió algo rápidamente y luego pulsó una tecla.

Segundos más tarde, se encendió una pantalla longitudinal situada sobre la consola. Una respuesta apareció casi al mismo tiempo en la

pantalla:

«Epphery-5, coordenadas espaciales EE-21-CZ-72, pertenece, desde el 5 enero 2441, al doctor Yurkus Doukestill, titulado en física, medicina y biocibernética. No hay otros datos.»

—Nunca he oído hablar de ese Doukestill —declaró Pacquard.

—Yo tampoco, pero alguien sabrá detalles de ese tipo. En la Tierra, por ejemplo. Tú me los enviarás mientras yo vuelo hacia Epphery-5, espero.

—Pero no en una de mis naves, Tully. Lo siento; me gustaría ayudarte, aunque debes comprender mi posición.

Sapper palmeó los hombros de su amigo.

—Iré en otra nave —dijo—. Y no te reprocho la negativa, puedes quedarte tranquilo. Pero no dejes de solicitar informes sobre el doctor Doukestill.

—Descuida, lo haré —contestó Pacquard.

—Ah, otro favor. Trázame un rumbo para Epphery-5, ¿quieres? Me llevaré la tarjeta perforada y así me ahorraré muchos cálculos en vuelo.

Minutos más tarde, Sapper abandonaba la sede del Estado Mayor de la Astronáutica de Olympus. Caminó presurosamente, ansiando encontrarse cuanto antes con la muchacha, a fin de comunicarle su descubrimiento.

En el camino se cruzó con un sujeto, al que no prestó la menor atención. Jess Herveil se volvió, vivamente sorprendido al reconocer a Sapper.

—Pero ese condenado... —barbotó, furioso—. ¿Es que tiene siete vidas, como los gatos?

El incidente se había producido en un lugar demasiado concurrido. Herveil no podía, por tanto, utilizar la pistola disgregadora que llevaba bajo sus ropajes.

* * *

El «hubot» con aspecto de Messala rascó furiosamente el brazo izquierdo.

—Me pica —se quejó—. No sé qué diablos me pasa aquí...

—¿Quiere que llame a un médico? —sugirió Hwin, solícito.

—No, ya se me pasará... —Messala se mordió de pronto los labios—. Hwin, ¿te funciona la pituitaria?

El coronel arqueó las cejas, vivamente sorprendido por aquellas palabras.

—No, claro que no, pero ¿qué diablos importa? —contestó—. No es bueno carecer del sentido del olfato, pero vamos a vivir centenares de años...

—¿Estás seguro, coronel?

—No le entiendo, señor —dijo Hwin, perplejo—. ¿A qué vienen esas dudas? Usted sabe tan bien como yo...

Un hombre penetró súbitamente en la estancia.

—¡Sapper está vivo! —anunció Herveil, con dramático acento.

—¡Vivo! —rugió Hwin—. Entonces, consiguió escapar de Silexium.

—Así parece —convino el recién llegado—. ¿Qué se hace con ese tipo? Si ellos lo saben, se disgustarán, por decirlo con palabras educadas.

—Hay que liquidar a Sapper. Seguro que se ha refugiado en casa de

Helia Dunn —exclamó Hwin.

Messala se sentó lánguidamente en un diván.

—Hagan lo que quieran —dijo—. A mí, Sapper y la chica, y todo lo demás, me importan un pito.

—Pero ¿qué está diciendo? Es nuestro principal enemigo.

Messala alzó la mano para interrumpir al coronel.

—Jess Herveil, dígame, usted que es enteramente humano, ¿a qué huele usted en esta sala? —consultó.

Herveil aspiró el aire con fuerza varias veces.

—Huele muy mal. Apesta —declaró, crudamente.

—Sí, pero ¿qué olor es ése? —insistió el «hubot» Messala.

—Aquí no hay ningún cadáver...

—Se equivoca, hay dos: yo y el coronel Hwin.

El esbirro se puso pálido.

—Procónsul, está bromeando —dijo.

—No bromeo —contestó Messala—. Hwin y yo estamos muertos aunque todavía hablemos, actuemos... y no menciono la palabra pensar porque lo que tenemos no es sino un amasijo de cables y válvulas en lugar de cerebro. Pero una cosa hay indudable, y es que nos estamos pudriendo vivos.

Herveil retrocedió un paso.

—Se corrompen en vida... —dijo, con voz llena de terror.

—Pero... ¡eso no puede ser! —gritó Hwin—. Yo no he notado nada.

—¿De veras? —sonrió Messala—. Por supuesto, no capta el hedor porque su pituitaria no le funciona, como a mí. Pero Herveil sí puede oler perfectamente, ya que tiene todos los sentidos en actividad normal. Otra cosa,

Hwin —siguió el Procónsul—. ¿Se ha fijado usted en el color terroso de su epidermis?

Hwin levantó instintivamente el brazo izquierdo y se fijó la vista en la piel que tenía al descubierto. Un temblor convulsivo agitó de repente todos sus músculos.

—No puede ser..., no puede ser... —dijo, con vivo acento de desesperación.

—Eso es algo que no tiene remedio —habló Messala, con frialdad—. Dentro de pocos días, usted, yo y cien o ciento cincuenta personas más no seremos sino unos montones de carne putrefacta, junto con un ya inservible cerebro mecánico.

Hubo un momento de silencio. Luego, de súbito, Hwin dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Coronel, ¿adónde va usted? —preguntó Messala.

—Sapper está vivo. Debe morir —respondió Hwin, hostilmente.

—Eso no solucionará su problema...

—Su Excelencia se equivoca —dijo el coronel, con sarcástico acento —. Sapper es lo suficientemente listo como para dar con el laboratorio del doctor Doukestill. Y si lo consigue, usted y yo y ciento cincuenta personas más ya podemos despedirnos de que alguien corte de raíz este proceso de putrefacción. ¿Me comprende ahora?

—Sí, tiene razón —admitió Messala, meditabundo.

—Herveil, acompáñeme —ordenó Hwin.

—Bien, señor —contestó el esbirro.

Messala no dijo nada. Quizá Hwin había acertado con aquella solución. Sí, acaso en Epphery-5 pudieran atajar a tiempo el proceso de putrefacción, cuyas causas no lograba adivinar, por más que se esforzaba en ello.

CAPITULO XIII

El doctor Vyrns levantó la vista del microscopio y giró en su taburete para enfrentarse con la expectante muchacha que tenía al lado.

—Sí, es un proceso de putrefacción —confirmó.

—¿A qué se debe, doctor? —quiso saber Helia.

Vyrns hizo un gesto ambiguo.

—Las causas son múltiples y todas concurrentes para originar el mismo efecto —respondió—. Pero la principal es una deficiencia en el riego sanguíneo de los tejidos.

—¿Mala circulación?

—Así podría definirse. Hay una indudable falta de estímulos nerviosos en el sistema circulatorio y, además, he visto numerosos vasos capilares bloqueados por coágulos de sangre. Esta, por supuesto, circula normalmente en los vasos grandes, pero quizá lleguen a bloquearse también. No creo que suceda, por ejemplo, en una arteria femoral, pero sí en otras de menor importancia. Y un tejido que no recibe riego sanguíneo es un tejido muerto.

—Se trata de todo el cuerpo humano, doctor.

—Entonces, esa persona es un cadáver viviente.

Helia asintió pensativamente.

—Diríase que es una gangrena general, en lugar de la gangrena de un solo miembro —murmuró.

—La gangrena se produce porque un miembro no recibe riego sanguíneo, entre otras cosas, claro —sonrió Vyrns—. Pero la persona a la que pertenece la muestra de piel que me has traído está sentenciada. Por cierto, ¿es amigo tuyo?

—Es el Procónsul, doctor.

Vyrns se quedó con la boca abierta. Helia recogió su bolso y se encaminó hacia la salida del laboratorio.

—Gracias por lodo, doctor —se despidió, con gentil sonrisa—. Y, por favor, guarde el secreto de la revelación que acabo de hacerle.

Al quedarse solo, Vyrns meneó la cabeza.

—El Procónsul pudriéndose vivo... Quién lo dijera —musitó para sí, todavía no repuesto del asombro que le había producido la inesperada noticia.

Helia no tardó mucho en llegar a su casa. Preparó algo de comer y esperó a Sapper, el cual apareció minutos más tarde.

—Ya he localizado el lugar a que pertenecen las coordenadas —dijo él, apenas hubo cruzado la puerta.

—Y yo he estado con el doctor Vyrns, quien ha confirmado lo que ya sospechábamos —declaró la muchacha.

Callaron un momento. Luego, de pronto, Helia dijo:

—Vamos a comer algo, Tully. Luego discutiremos nuestro próximo plan de acción.

—Es una buena idea, preciosa —convino él, sonriendo.

* * *

—No tengo la menor idea de quién pueda ser el doctor Doukestill, aunque sé que es titulado en física, medicina y biocibernética y que ha comprado hace cuatro o cinco años el satélite Epphery-5. Pero ya no cabe la menor duda de que es él quien ideó el plan de sustituir a altas personalidades por «hubots» —dijo Sapper, una vez hubo terminado de comer.

—Sí, pero ¿qué pretendía ganar con ello? —preguntó Helia.

—Poder. Poder infinito. Está a punto de dominar la Liga Terrestre. Cuando lo haya conseguido, partirá al asalto de la Séptima Liga. Debe de ser un hombre muy ambicioso y no se detendrá ahí, sino que continuará..., tal vez hasta convertirse en el dueño de la galaxia.

Helia se estremeció.

—Un solo hombre dueño de miles de planetas habitados —dijo.

—Sería horrible, desde luego, pero ésas son las perspectivas que tenemos a la vista, Helia.

—A menos que consigamos impedirlo, Tully.

Sapper miró fijamente a la muchacha.

—¿Piensas que debemos hacerlo? —preguntó.

—Indudablemente —repuso ella, con voz firme—. Porque una cosa es segura: Doukestill no se detendrá ante el obstáculo que supone la corrupción orgánica de los cuerpos de sus «hubots». Quien ha sido capaz de crear esos monstruos con cerebro mecánico, para que obedezcan ciegamente sus órdenes, será capaz igualmente de encontrar el remedio para evitar que sus subordinados se le pudran vivos.

—Eso es cierto —concordó Sapper—. Bien, ya sólo nos falta zarpar hacia Epphery-5.

—Está muy lejos —alegó Helia—. Nuestro bote salvavidas resultará insuficiente...

Sapper sonrió.

—El obstáculo está superado —dijo.

—¿Cómo, Tully? —quiso saber la muchacha.

Sapper no tuvo tiempo de contestar.

Alguien llamó a la puerta. Helia volvió la cabeza, vagamente alarmada.

—No sé quién pueda ser —murmuró—. Nadie sabe que estoy aquí...

Sapper se puso en pie de un salto.

—Entra en tu dormitorio —ordenó, perentoriamente.

Helia obedeció en el acto. Sapper se dirigió hacia la puerta y oteó el corredor a través de la mirilla, viendo a dos hombres al otro lado.

Respingó. ¿Qué diablos hacía Hwin en la casa?

La llamada se repitió. Sapper juzgó oportuno no contestar.

Tenía en la mano una pistola disgregadora, precisamente la que había conseguido en el dormitorio de Mes-sala. No obstante, prefería no utilizarla mientras le fuera posible.

Quizá aquellos dos hombres se marcharían, al ver que no contestaba nadie, supuso.

Pero estaba equivocado. Muy furioso, Hwin dijo:

—Tiene que estar ahí dentro, con la chica. Vamos a derribar la puerta, Herveil.

—¿Es legal? —dudó el sujeto.

—Si lo ordeno yo, es legal —declaró Hwin, con altanería—. Vamos, los dos a una.

Retrocedieron hacia la pared opuesta y tomaron impulso. Hwin, sin embargo, llegó una fracción de segundo antes que su acompañante.

La puerta saltó fácilmente. Realmente, en Olympus, las puertas

defendían la intimidad más que otra cosa y los materiales eran relativamente débiles.

Hwin rodó por tierra. Herveil vaciló, pero consiguió recuperar el equilibrio.

Entonces se vio frente a una pistola que le apuntaba directamente al cuerpo. Ya se disponía a sacar la suya, pero corrigió el gesto y alzó las dos manos.

Barbotando mil imprecaciones, Hwin se irguió a medias y sacó su pistola. Sapper no vaciló y disparó primero.

Un hedor espantoso se extendió por la sala. Hwin se convirtió en una irreconocible masa de color gris rojo, cuya sola vista daba náuseas. En uno de los extremos de aquel horripilante montón de materia orgánica, se veía el cerebro mecánico.

—¿Era usted amigo de esa cosa? —preguntó Sapper.

Herveil, profundamente impresionado, asintió.

—Sólo en cierto modo —repuso.

Helia asomó en aquel momento.

—¿Qué ha pasado, Tully? ¿Por qué huele tan mal? —quiso saber.

—Tuve que disparar contra el coronel Hwin. Además, he, hecho un prisionero. Por cierto, no sé su nombre, amigo.

—Herveil, Jess Herveil —contestó el esbirro.

—Al servicio del doctor Doukestill, claro.

—Doukestill murió —respondió Herveil.

—¿Algún accidente?

El sujeto vaciló.

—¡Conteste! —exigió Sapper.

—Lo... lo asesinó... Knut Kielsen...

—¡Kielsen! —resopló el joven. De pronto le pareció que veía claro—. Es de suponer que Orchid Halds esté con él.

Herveil hizo un gesto como de conformidad con las palabras de Sapper.

—Y los dos, supongo, están en Epphery-5 —añadió.

—Sí —admitió Herveil.

Sapper hizo un gesto con la cabeza.

—Tenemos que irnos, Helia —dijo.

—Sí, Tully, cuando tú digas. —Una pregunta más, Herveil. ¿Qué medio emplea usted para comunicarse con Epphery-5?

—Hay un transmisor espacial en las habitaciones del Procónsul...

—Es suficiente.

La mano de Sapper se movió con rapidez. Herveil lanzó un rugido y se desplomó sin sentido, junto a los repugnantes restos del coronel. Sapper le despojó de su pistola y luego se encaminó hacia la puerta.

—A la ciudadela, rápido —exclamó.

—Pero ¿ya querrá recibirnos Messala? —dudó ella.

—Esta vez no se negará —contestó Sapper, seguro de lo que decía.

Messala les recibió, en efecto.

—Tenía entendido que Hwin había ido a buscarles —dijo.

—Sí, fue, pero se quedó —repuso Sapper, significativamente.

—Ah, discutieron —murmuró el «hubot».

—No se puede llamar discusión a lo que sucedió, pero, en todo caso, debes saber que me limité a defenderme. Hwin quería matarme.

—Sí, ya lo sé.

—Usted lo permitió —dijo Helia, horrorizada y asqueada a un tiempo.

—Hwin sostenía la teoría de que en Epphery-5 podrían curar este proceso de corrupción orgánica —dijo Messala.

—Lo siento, Procónsul —exclamó ella—. He hablado con un experto en la materia. Ha analizado una muestra de su epidermis. Ese proceso de corrupción es irreversible.

Hubo un momento de silencio. Luego, Messala dijo:

—En realidad, yo estoy muerto desde que me implantaron este cerebro mecánico.

—¿Conoce usted su identidad anterior? —preguntó Sapper.

—No. Sé que hubo un tiempo en que yo era otro..., pero sólo tengo la memoria que alguien grabó en los circuitos de mi cerebro artificial.

—Entonces, todo lo que hacía en Olympus... era bajo las órdenes de quienes están en Epphery-5 —exclamó Helia.

—Así es, muchacha.

—Aquí hay un transmisor espacial. ¿Dónde está? —quiso saber Sapper.

Messala hizo un gesto con la mano. —Vas a destruirlo, supongo —

dijo. —En efecto. Y te ruego no hagas nada por impedirlo. Tengo una pistola en la mano, ¿entiendes?

Una ligera sonrisa apareció en los labios del «hubot».

—Ya sólo soy un muerto que anda —contestó.

Momentos más tarde, se hallaban frente al transmisor espacial. Sapper pensó que su pistola disgregadora no serviría para inutilizar los aparatos y buscó con la vista un objeto contundente.

Pero no fue necesario su esfuerzo. Messala dijo:

—Espera un momento, Tully.

Sapper observó los movimientos del «hubot», sin dejar de apuntarlo con la pistola un solo instante. De pronto, Messala ordenó:

—Atrás, atrás... Cinco o seis pasos...

Sapper y la muchacha obedecieron instintivamente, sin saber todavía muy bien los propósitos del semihumano. Messala agarró dos gruesos cables, cuyos terminales se hallaban desprovistos de aislantes, y se volvió hacia la pareja.

—¿Se puede llamar suicidio al término voluntario de la vida de un ser que, en realidad, murió hace ya muchos meses? —preguntó.

Y antes de que la pareja pudiera hacer nada por evitarlo, Messala juntó los cables, a la vez que adelantaba el rostro para tocar los terminales con sus labios.

Un vivísimo chispazo brilló en la estancia, al mismo tiempo que se escuchaba un tremendo estallido. Mes-sala sufrió una terrible convulsión y, convertido en un montón de sustancia carbonizada, se desplomó al suelo.

Hubo un momento de silencio. Luego, muy impresionado, Sapper pasó un brazo por los hombros de Helia y la empujó suavemente.

—No, no ha sido un suicidio —murmuró—. En realidad, había muerto ya el día en que unos archicriminales decidieron hacer de él un muñeco que obedeciera ciegamente sus órdenes.

En la gran sala donde, en tiempos, Messala solía reposar, Sapper encontró vino, con lo que se reconfortaron un poco. Algo más repuesta, Helia quiso saber cuál sería su siguiente paso.

—El salvavidas que nos prestó el capitán Wexir no está muy lejos —contestó Sapper.

Estaba escondido entre las frondas del parque. Minutos más tarde, el aparato levantaba el vuelo raudamente.

Apenas estuvo en el espacio, Sapper pulsó la tecla que ponía en funcionamiento el emisor automático de señales de socorro. Doce horas después, se hizo visible la nave del capitán Wexir.

—Me alegro de encontrarles sanos y salvos —dijo el oficial, cuando se hubieron reunido con él a bordo de su astronave.

—Gracias, capitán. Tenemos que pedirle un favor, pero... dígame, ¿informó usted de lo que sucedía en la Liga Terrestre?

—Por supuesto, y sé que nuestro Gobierno se siente muy preocupado.

—En tal caso, imagino que no pondrán dificultades a que usted colabore con nosotros.

—Si tiene la bondad de explicarse, señor Sapper...

—Se trata, simplemente, de ir al laboratorio donde fabrican esos engendros humanos con cerebro artificial y destruirlo hasta sus cimientos.

—No creo que mi Gobierno ponga inconvenientes a una expedición emprendida «sin autorización» —sonrió Wexir—. Debe tener en cuenta que Epphery-5 pertenece a la Liga Terrestre.

—Por supuesto —contestó Sapper.

—En tal caso, haré las consultas pertinentes, mientras, desde luego, orbitamos hacia Epphery-5.

—De todas formas, capitán, y anticipándole nuestra gratitud por su ayuda, creo conveniente decirle una cosa.

—¿Sí, señor Sapper?

—He solicitado su ayuda, porque la nave que usted manda es muy rápida y ello nos permitirá llegar a Eppehry-5 en un tiempo muy breve. Sin embargo, le ruego no intervenga, a menos que lo estime absolutamente necesario.

Wexir hizo un sonriente gesto de aquiescencia.

—Sólo espero que lleve a cabo su misión, sin otra ayuda por mi parte —contestó.

CAPITULO XIV

—Pero esto es terrible —exclamó Kielsen, de repente.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Orchid, muy atareada en arreglarse el pelo delante del espejo.

Kielsen tenía en la mano una cinta de papel impresa.

—Ahora comprendo aquel condenado mal olor...

—¿Querrás explicarte de una vez, Knut? —pidió ella, impaciente.

Kielsen le pasó el mensaje recibido momentos antes.

—Toma, lee tú misma. Se refiere al cuarto secretario de Comercio. Es uno de los primeros que fueron transformados, ¿recuerdas?

Orchid cogió el papel y leyó su contenido. Una intensa palidez cubrió su rostro casi en el acto.

—Es... espantoso... Knut, esto significa que todo nuestro plan ha fallado... —dijo, con voz insegura.

—Di mejor que se ha ido al infierno —contestó el hombre, malhumoradamente.

—Pero algo podremos hacer, ¿no crees? —Orchid se puso en pie de un salto—. Todavía estamos a tiempo de remediarlo...

—No digas estupideces —le interrumpió Kielsen, con aspereza—. ¿Qué podemos hacer? ¿Correr a poner inyecciones que detengan la putrefacción, cuando ni siquiera sabemos qué droga debería emplearse, en el supuesto de que existiese alguna efectiva?

—Buscaremos entre los apuntes de Doukestill. Tiene que haber algún remedio; él debió de prevenir una eventualidad semejante.

—Busca tú si quieres, pero desde ahora te prevengo que vas a perder el tiempo. ¿Cómo se te ocurre pensar siquiera que Doukestill podía prever que sucedería algo así? Estaba tan convencido de la bondad de su método, que ni siquiera se le ocurrió investigar en el sentido de detener un posible proceso de corrupción orgánica.

—Entonces... hemos fracasado...

—Hemos hecho lo que hemos podido. La culpa del fracaso no es nuestra. ¿No dices que el cuarto secretario de Comercio es uno de los primeros transformados? Lo hizo el propio Doukestill y luego nosotros nos hemos limitado a seguir su método al pie de la letra, así que el error no es nuestro en absoluto.

Orchid calló un momento. Sentíase abrumada por el desastre.

—De todas formas —dijo, al cabo—, algo hemos conseguido. En Olympus tenemos depositada una fortuna en uno de los más importantes Bancos. Iremos allí antes de que se conozca la verdad y emigraremos.

—¿Adónde? —quiso saber él.

—No sé, lo mismo da. El caso es que lo hagamos cuanto antes. En el momento en que alguien se aperciba de lo que sucede, se procederá a una investigación en regla, y ya puedes figurarte adonde iremos a parar, Knut.

—Tienes razón —convino el hombre—. Todo hubiera resultado perfecto, de no haber sido por este tropiezo. —Lanzó una maldición y dijo—: Doukestill recibió solamente lo que se merecía, el muy estúpido.

* * *

—Manténgase aquí, capitán —dijo Sapper, ya en la esclusa de la astronave—'. No intervenga, a menos que reciba nuestra señal.

—De acuerdo —contestó Wexir.

El asteroide se hallaba a unos cuatro o cinco kilómetros de distancia de la nave, que había adoptado una órbita paralela. Sapper y Helia terminaron de ponerse las escafandras de vacío y luego unos cuantos hombres de Wexir revisaron el resto del equipo.

Momentos después, se lanzaban al vacío, impulsados por los propulsores individuales. Iban con las manos unidas, a fin de evitar falsas maniobras.

Pronto avistaron el conjunto de edificios situados al pie del farallón. El conjunto de antenas, con el remate de la bola brillante les extrañó y admiró a un tiempo.

Pronto tomaron tierra. Sapper notó en el acto la escasa gravedad del asteroide, lo que, pensó, facilitaría notablemente sus movimientos.

Los propulsores quedaron en el suelo. Sapper y Helia avanzaron resueltamente hacia uno de los edificios, el que les pareció debía ser la sede central de aquel lugar donde se fabricaban monstruos semihumanos.

Una compuerta se abrió a poco, sin necesidad de que llamaran. Al pasar la esclusa, se encontraron con un robot, que les ayudó a despojarse de las escafandras.

—Soy Tom-40 —se presentó la máquina—. Bien venidos, señores.

—¿Robots aquí? —se extrañó Sapper.

—Sólo hay dos humanos y seis robots. Hacemos los trabajos que podrían llamarse de rutina, aunque yo soy el ayudante principal. Y también mayordomo.

—¿De quién? —preguntó Helia.

—De la señora Halds y el señor Kielsen.

—Orchid Halds —murmuró Sapper—, Esa mujer fue siempre muy ambiciosa, y no me extraña en modo alguno lo que ha hecho.

Tom extendió un brazo.

—Por aquí, tengan la bondad —indicó.

Sapper y Helia siguieron al robot, el cual, segundos después, abrió una puerta y anunció:

—La señorita Dunn, el señor Sapper.

Orchid y Kielsen estaban preparando el equipaje y destruyendo cosas y documentos que podían resultarles perjudiciales. La sorpresa fue enorme para ambos.

Kielsen hizo un gesto y Sapper le apuntó con su pistola.

—Cuidado —advirtió.

El sujeto se inmovilizó en el acto. Orchid, repuesta de la sorpresa, avanzó un par de pasos, con aire desafiante.

—¡Sapper! ¿Qué diablos has venido a hacer aquí? —inquirió, furiosa.

—¿Y tú me lo preguntas? —contestó él, sonriendo.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, de pronto, Kielsen exclamó:

—¿Tiene usted alguna autoridad para detenernos, señor Sapper?

—Quinto Fulvio Messala era mi amigo —dijo el aludido, significativamente.

—Y lo es, supongo —repuso Orchid—. Está en Olympus...

Sapper meneó la cabeza.

—El Messala que tú pusiste en lugar de mi amigo ya no existe, si es

que se podía aplicar la palabra a esa horrible mezcla de humano y robot. Se dio cuenta de que se corrompía en vida y se destruyó a sí mismo, inutilizando, de paso, el transmisor espacial que servía para comunicarse con vosotros.

* * *

Orchid, espantosamente pálida, retrocedió un paso.

—Lo has averiguado —dijo, aterrada.

—Sí. Los seres transformados aquí, porque supongo que en este satélite es donde se fabrican esos monstruos, hacen notar el principio de su proceso de corrupción por el hedor que despiden y que ellos mismos no pueden notar, debido a que carecen del sentido del olfato. Messala se imaginó cómo podía acabar y lo evitó.

—Ese maldito doctor Doukestill... —barbotó Kielsen.

—¿Dónde está? —preguntó Helia.

—Muerto —respondió Orchid.

—Creo que empiezo a comprender —dijo Sapper—. Orchid, ¿recuerdas que tú misma me ofreciste tiempo atrás un buen empleo? ¿Era el mismo que ofreciste a Kielsen?

—Podías haber ganado mucho, si hubieras aceptado, Sapp.

—¿A cambio de tener ciento cincuenta muertes sobre mi conciencia? No, gracias, Orchid; me siento así infinitamente mejor.

—Siempre fuiste asquerosamente honesto —dijo la mujer, despechada —. Pero no saldrás vivo de aquí.

Sapper sonrió.

—¿De veras? ¿Tienes medios para obligarme a quedarme en el asteroide? —preguntó.

—No lo dudes...

—El nombre oficial es Epphery-5 —intervino Helia—. ¿Por qué lo llaman Maximus Máximo?

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Orchid, sorprendida.

—Por cierta agenda que capturamos. Había en ella muchos datos interesantes; uno de ellos, el citado, con las coordenadas de Epphery-5.

—Era el nombre que pensaba usar el doctor Doukestill cuando hubiese terminado su plan: el Máximo de los Máximos —tradujo Orchid—. Doukestill era un tanto pomposo en algunos detalles.

Sapper movió la pistola.

—Orchid, tendrás una nave, supongo —dijo.

—Sí, pero no iré contigo en esa nave. Tú te quedarás aquí, con esa chica.

—¿Seguro? —preguntó Helia.

—Tengo seis robots. Me obedecen ciegamente. Puedes destruir uno, dos, si tú quieres..., pero quedarán cuatro y los apresarán.

—Y luego harán saltar este edificio por los aires —dijo Sapper, irónicamente.

—Nada de eso. Os transformarán a los dos. Disponemos de cerebros artificiales en abundancia. Algunos de esos robots son expertos cirujanos; otros son hábiles técnicos. Últimamente, hacían ellos solos todo el trabajo.

—Y nosotros nos limitábamos a controlarlo —añadió Kielsen, plácidamente.

—Así era —confirmó Orchid—. Por tanto, Sapp, imagínate lo que os

sucederá a ti y a esa chica. En apariencia, seguiréis siendo los mismos, pero dentro de un año, más o menos, vuestros cuerpos empezarán a descomponerse. Naturalmente, os dejaremos aquí con comida y bebida suficientes y sin elementos para comunicar con el exterior. ¿Qué te parece mi plan, Sapp?

—¡Tom! —rugió Kielsen, antes de que Sapper pudiera decir algo.

La puerta de la sala se abrió. Tom, seguido de cinco robots más, entró y se apoderó sin resistencia de la pistola de Sapper.

—Permítame, señor —dijo, cortésmente.

Kielsen lanzó un aullido de alegría y se abalanzó sobre el arma.

—¡Dame esa pistola, Tom! —gritó.

La boca del arma se apoyó en la nariz del individuo.

—Quédese quieto o lo mataré —amenazó el robot.

Kielsen se sobresaltó horriblemente.

—Pero, Tom, eres nuestro amigo...

De repente, dos robots se apoderaron de Orchid. Los tres restantes se arrojaron contra Kielsen. Era un sujeto muy robusto, pero había una fuerza tremenda en aquellas máquinas con forma humana.

—Deme la pistola, Tom —pidió Sapper, considerablemente aliviado por el desenlace de la situación tan crítica en que se habían visto durante unos segundos.

—Lo siento, señor —respondió la máquina—. Voy a acompañarles hasta la esclusa. Deben abandonar el asteroide inmediatamente.

—Pero ¿qué es lo que va a hacer, Tom?

—Esos dos humanos asesinaron a Doukestill. Yo apreciaba mucho al

doctor; él me había construido.

Sapper se quedó con la boca abierta.

El robot continuó:

—Me ha costado muchísimo tiempo tomar esta decisión. He tenido que forzar mis circuitos para vencer las órdenes de no causar daño a seres humanos. Pero a veces también un robot tiene derecho a hacer justicia.

—¿Qué clase de justicia, Tom? —preguntó Helia.

El robot se volvió hacia los prisioneros.

—Ahora irán al quirófano y les aplicaremos el tratamiento de transformación del doctor Doukestill —contestó—. Se pudrirán en vida.

Orchid lanzó un grito horroroso al conocer la suerte que les destinaban los robots. Kielsen forcejeó, pero todo fue inútil.

Sapper hizo un gesto instintivo. La boca de la pistola que Tom empuñaba con firmeza se apoyó en su pecho.

—Sentiría mucho tener que disparar, pero lo haré si usted trata de impedir nuestra justicia, señor —dijo Tom, con acento inequívoco.

Orchid y Kielsen fueron llevados a viva fuerza hacia el laboratorio. Ella parecía haber enloquecido, tales eran los gritos que brotaban de su garganta.

—Por favor, abandonen el asteroide —dijo Tom—. No insistan ni pidan benevolencia para esos dos criminales; nuestra sentencia es irrevocable.

Sapper cambió una mirada con Helia. Ambos sabían que cualquier tentativa que hicieran estaba condenada al fracaso de antemano.

Y Tom dispararía contra ellos, si no le obedecían; no había duda alguna sobre su actitud.

Resignados, echaron a andar hacia la salida.

* * *

El capitán Wexir se horrorizó al conocer la suerte de la pareja.

—Deben ser juzgados por humanos —dijo—. No podemos consentir que unos robots...

—Yo no veo forma de evitarlo —contestó Sapper—. Y usted, lógicamente, no debe comprometer a sus hombres en una empresa en la que algunos podrían perder la vida. Recuerde que Epphery-5 está fuera de sus límites.

—Sí, es cierto —reconoció Wexir, pesarosamente.

—Pero puede hacer algo sin necesidad de arriesgar una sola vida.

—¿Qué es, señor Sapper?

El índice de Sapper señaló el tablero de mandos de la nave.

—Cuando regrese a su base, ponga en el informe que debe emitir que uno de sus torpedos cósmicos se disparó accidentalmente —contestó.

—No es mala solución —reconoció Wexir.

Diez minutos más tarde, el torpedo partía a toda velocidad.

Helia no quiso verlo y permaneció de espaldas todo el rato. Sapper contempló la escena a través de la lucerna.

La distancia al asteroide era suficiente para no temer los efectos de la explosión. Pareció que nacía un nuevo sol, pero su resplandor duró breves segundos.

Más tarde, Sapper, por medio de un telescopio, observó la superficie del asteroide. El siniestro laboratorio, con sus ocupantes e incluso la antena por medio de la cual se controlaba a todos los «hubots», se habían convertido en cenizas.

—Creo que esto se ha acabado —dijo Sapper más tarde, en un momento en que se hallaba a solas con Helia.

—Sí, es cierto —convino ella, con un suspiro—. Esa pareja aspiraba al poder infinito y, por fortuna, no lo consiguieron.

—El poder infinito no pertenece a los humanos —respondió él, sentenciosamente—. Nuestros poderes son mucho más limitados. Por ejemplo, yo no tengo el suficiente para obligarte a que te cases conmigo.

Helia sonrió.

—No me obligarás, lo haré yo de muy buena gana —aseguró, a la vez que se colgaba del cuello de su oponente masculino.

—Por cierto, creo que no habrá luna de miel, querida —dijo Sapper momentos más tarde.

—¿Oh, no? —exclamó ella, decepcionada.

—Mi granja está abandonada. Tenemos que volver allí cuanto antes.

Helia, todavía abrazada al hombre, suspiró:

—Vaya una carrera la mía —dijo—. De conspiradora, a granjera.

—¿Te desagrada?

La muchacha sonrió.

—Ahora sólo conspiraré para hacerte feliz —contestó.

F I N